

Kenzaburo Oé

La presa

Anagrama
Barcelona, 1994
Título original:
Shiiku, 1959

PRÓLOGO

La maravilla existe: es un avión que atraviesa el cielo a velocidad fabulosa. Dura poco la maravilla. En años de guerra, entre la niebla de un crepúsculo veraniego, dos hermanos, dos niños, escarban en el crematorio provisional de la aldea, entre albaricoqueros: buscan huesos como condecoraciones. Son años de violencia: si no hay huesos, ya robarán los que encontró algún compañero de colegio.

Nos cuenta la historia uno de los dos niños, el hermano mayor que, bostezando, recuerda cómo olía el cadáver quemado de una mujer. El niño aún tiene el humo en la nariz: olía como algunos escarabajos cuando los aplastas contra el suelo. Así nos adentramos en el mundo de La presa. El mundo de Kenzaburo Oé, mundo donde la niebla es un ser vivo que se arroja sobre ti, y las piedras son como vientres de crisálida, y murmuran las ramas: un mundo donde se confunden los reinos de la naturaleza.

Kenzaburo Oé inventa espacios míticos. Ha dicho Oé que cuando escribe imagina un espacio mítico, un valle al fondo de un bosque, en la isla de Shikoku. En la isla de Shikoku nació Kenzaburo Oé. La presa transcurre en algún lugar de Japón, en una aldea aislada, isla dentro de una isla, estrecho valle ahogado por un anillo de sombras. La estación de las lluvias ha sido muy larga, ha habido trombas de agua, inundaciones. Un corrimiento de tierras ha derribado un puente, ha cortado el camino hacia la ciudad. No llega el correo. Han cerrado la escuela. No se puede llevar a los muertos al crematorio de la ciudad.

La presa sucede en un espacio excepcional y en un tiempo especial, un tiempo de prodigios. Aunque hubiera una guerra en alguna parte, era siempre fiesta en la aldea, a principios de verano, con la escuela cerrada. El narrador nos conduce a un tiempo antiguo, inocente, el tiempo de los cazadores. La aldea de La presa es una aldea de cazadores, una aldea de vegetación salvaje y exuberante, irreal. La caza es una obsesión en la obra de Kenzaburo Oé: Bird, el protagonista de Una cuestión personal, sueña con África, tierra de tribus desconocidas y peligros, tierra de aventuras, lejos de la vida repetida y estropeada. El primer cuento que publicó Oé, en 1957, en la revista de la Universidad de Tokio, se llamaba Un trabajo raro. Tratava de un estudiante que cazaba perros para los laboratorios: como si, en la época manchada de postguerra, cuando los dioses habían huido, el afán de cazar pudiera subsistir manchado.

Los niños de La presa creen vivir todavía en una edad heroica: planean cazar perros salvajes. Así conocemos a Morro de Liebre, el amigo de los dos hermanos: aprieta contra el pecho a un cachorro de lobo y perra, o eso dicen los niños. Morro de Liebre lleva una correa alrededor del cuello para proteger su garganta de los mordiscos, mordeduras y pelos le cubren los brazos: Morro de Liebre quiere ser un guerrero. Entonces atraviesa el cielo el avión maravilloso. El enemigo ha llegado, dice Morro de Liebre, feliz, con la seguridad de los cazadores que han cobrado una buena pieza. Y, al alba del segundo día de la historia, un ruido formidable, inolvidable, despierta al narrador.

Algo ha caído en la montaña. El niño que cuenta la historia recuerda cómo su padre se levantó de golpe, igual que una fiera en el bosque, al acecho. El padre es cazador, se gana la vida cazando comadrejas y conejos, pájaros y zorros. Vive en el almacén comunal, sus muebles son una escopeta de caza, un puñado de cepos. Una claridad desmesurada anuncia, en el segundo día de la historia, que empieza el tiempo de la maravilla. Los mayores han desaparecido, las mujeres se pierden en lo más hondo de las casas, por primera vez la forja se queda vacía. Los niños, ciegos en la viva luz, despulgan perros. Algo va a ocurrir: va a cambiar la vida. Un avión se ha estrellado en la montaña, los hombres buscan a los tripulantes con perros y fusiles. Los niños esperan en la plaza. Sienten la presencia de soldados extranjeros ocultos como ardillas en los árboles, enemigos que aguantan la respiración y huelen a sudor y miedo. La tensión de la espera tiene algo de ebriedad, de excitación sexual.

Al atardecer, bajo nubes color hoguera de hierbas, vuelven los hombres y ladran los perros. Los hombres vuelven silenciosos, como cazadores cansados después de una jornada peligrosa. El narrador dice que el espanto lo dejó de piedra: los hombres han cazado un negro, un gigante negro, y lo traen entre ruido de metales: le han ceñido a los tobillos un cepe para jabalí. Es un negro, no un enemigo, dice Morro de Liebre. ¿Fusilarán al prisionero? Entonces el negro se aparta de los cazadores asombrados: el negro orina interminablemente, melancólicamente.

Y el narrador dice que parecía el principio de una ceremonia iniciática, aunque el negro sólo fuera un animal y oliera como un buey.

Encima de la leñera comunal, subterránea, donde encerraron al negro vivía el niño que cuenta la historia: ahora puede contarnos su curiosidad y su espanto. Lo sagrado había irrumpido en la aldea.

En la aldea se opera una transformación. El narrador de La p esa pertenece a la estirpe de los últimos, aquellos que, por ser últimos, nombran un mundo que está a punto de desaparecer, ansiosos por evocar el más mínimo detalle y conservarlo, aunque sólo sea en la memoria. El narrador no habla nunca de su madre, no tiene madre.

Mira a los mayores desde lejos. La primera vez que vemos el padre cazador, el padre les está dando la espalda a los niños. Y, durante el viaje a la ciudad para dar parte de la captura del negro, el narrador sólo vio la espalda ancha del padre. Los mundos de Kenzaburo Oé son mundos de compartimientos estancos, de separaciones. Los niños están muy lejos de los adultos. Los niños de la aldea no son como los niños de la ciudad, odiosos, bichos hoscos y traidores como los árboles raquíuticos de la ciudad. A Oé le gustan los detalles, la precisión: la niña de la ciudad, la niña con el cuello de pájaro, mira al niño que será el narrador años después: lo desprecia. Y el narrador dice que se sintió desheredado.

Pienso en cómo pasa el tiempo en La presa. Pasan cuatro días, el día de la visión del avión, el día de la captura, el día de la visita a la ciudad, el día de la agitación en la plaza llena de gente, con el negro derribado como un animal herido. Entonces vigilaban al negro día y noche, el niño lo espiaba por un respiradero, y temía que un brazo saliera por el ventanuco y lo atrapara. Si se escapa del sótano, el negro matará a todos, incendiará las casas. Pero, más allá del terror y la sorpresa, el negro es lo inefable: no hay palabras para describir al negro. Como ante lo sagrado, porque quizá el soldado negro y caído sea lo sagrado, fallan las palabras. La parálisis de la palabra apenas permite balbucear unos cuantos signos que dicen muy poco o mienten: unos ojos inyectados en sangre, aceitosos, unas manos enormes, los brazos increíblemente largos, los labios de caucho, los dientes fuertes cada uno en su sitio como piezas de una máquina, las orejas de lobo. El negro es la presa soberbia de los hombres de la aldea. Parece poseer un poder milagroso: todo lo transfigura. Bebe leche, y la leche de cabra parece un líquido extraordinariamente bello. Come con voracidad de rapaz, y la comida mediocre de todos los días se metamorfosea en suntuoso festín. Huele espantosamente, y su olor te inflama como un sueño erótico.

Y el extraño hace que te descubras a ti mismo, distinto del extraño, otro: un niño japonés perfectamente insignificante, con la cara llena de tics y una sensación patética de derrota absoluta. La presencia del negro modifica las relaciones: el niño le ofrece la comida protegido por el fusil del padre; hasta que el padre deja de apuntar con el fusil, abandona el fusil, deja de acompañar al niño, regresa a la caza. El terror cede su sitio a la costumbre. La presencia del negro establece jerarquías nuevas: el narrador tuvo el privilegio de bajarle la comida al prisionero bajo la mirada de los otros niños, insatisfechos y envidiosos. Su hermano y Morro de Liebre lo escoltaban. Cuando los hombres reemprendieron sus andanzas en la montaña, los niños asumieron la responsabilidad de vigilar al enemigo preso: los niños han descubierto lo sagrado.

Se inicia así un culto alrededor del negro, un culto que tiene sus sacerdotes, el narrador, su hermano, Morro de Liebre concede el derecho a mirar por el respiradero: guardia celoso, luciendo la encía rosa a través del labio leporino, impide que nadie disfrute esta prerrogativa sin su permiso. Los niños ofrendan albaricoques, higos y caquis para mirar al negro, para vivir la primera experiencia verdadera. Todo lo que pertenece al negro es digno de veneración. Transportar el tonel para las necesidades físicas del negro gigante, descargar en el vertedero comunal la espesa y nauseabunda mezcla de deyecciones y orina, será un privilegio. El prisionero es la única preocupación, colma cada segundo del tiempo muerto de principios de verano, inaugura un tiempo nuevo. Es una enfermedad contagiosa que no alcanza a los adultos.

Y, tras los cuatro primeros días, el tiempo cesa de contar, ya no se repara en el tiempo: desaparece el tiempo. Apenas quedan marcas del tiempo, la irritación de la piel en los tobillos encadenados del gigante, la mucosidad de sus ojos, el olor, la mugre, los dientes amarillos que el negro enseña cuando sonríe: es una revelación brutal que un soldado negro pueda sonreír como sonríen las cabras y los perros cazadores. El dios se disfraza de animal doméstico, dócil y dulce. El dios se comunica así con los que lo rodean, con las herramientas de la comunidad arregla el cepo que lo sujetaba. Y, junto a la felicidad, nace el pavor a que las autoridades reclamen al negro, el negro que les da sentido a los días. Porque el negro es lo sagrado que purifica la existencia.

Kenzaburo Oé escribe en una época desfigurada y corrupta, en un Japón sin dioses, o invadido por dioses extraños y falsos, después de la derrota en la guerra del Pacífico, después de las bombas

atómicas. Los lisiados y los monstruos abundan en las fábulas de Oé. En La presa, el esplendor del gigante negro contrasta con el funcionario cojo, aturdido y pobremente arrogante que envía la ciudad: el gigante negro arreglará la pierna artificial del funcionario, autoridad que tropezó en el camino cuando traía nuevas órdenes. Los niños preferirían que el funcionario hubiera muerto, porque el funcionario tiene el poder de arrebatarnos lo sagrado, la magia que ha cambiado el mundo. Una luz púrpura envolverá al negro y al funcionario cuando intercambien dones en la plaza, como dos reyes o dos dioses. Entonces gritan los niños hasta que la garganta les duele.

La presa cuenta una experiencia que no pertenece al mundo de los días repetidos. Es la historia de un rechazo: rechazo del mundo de la ciudad, el mundo de las autoridades, el mundo de la guerra. Esto obsesiona a Kenzaburo Oé: la negación de un mundo inhabitable, el mundo que acabó en Hiroshima y el mundo que empezó en Hiroshima.

Oé quiere inventar una verdad, un universo donde podría sobrevivir lo sagrado, donde no llegan noticias del exterior corrompido. Así, con los rumores de que la ciudad ya no existe, aniquilada por las bombas y el fuego, el aire se vuelve más brillante que todas las llamas que serían necesarias para consumir la ciudad. Se siente la presencia del ser divino: está su olor en el sótano, mezclado con el olor a comadreja en descomposición. Entonces los niños acompañan al negro al manantial de la aldea.

El agua no sobrepasa la cintura del gigante, reluciente de agua y sol en el corazón del verano. El manantial brilla con efervescencia de resplandores. Cuando Morro de Liebre inicia una ceremonia sexual con una niña, tiene lugar la revelación: el esplendor del sexo soberbio, increíble, imponente, heroico y grandioso del dios. Morro de Liebre le ofrece una vieja cabra. Los niños se ríen como locos mientras presencian el combate desesperado, el fulgor sombrío del sol en el sexo. Es la hora de la exclamación y la hora de la melancolía. Se adora el animal magnífico. Y el narrador desfallece, exaltado: ¿cómo dar una idea de lo que ocurrió, de aquella lejana tarde en el verano luminoso? ¿Cómo nombrar aquella plenitud, el instante que prometía durar eternamente, no terminar jamás? Y, mientras miraba el narrador, la fiesta adquiriría algo de muerto, algo de grotesco, mientras el narrador se miraba a sí mismo mirando lo sagrado.

Cuando un cuerpo alcanza su máxima altura empieza a caer. Debe caer para adivinar que una vez alcanzó su máxima altura. La literatura sirve para esto: para imaginar un instante de esplendor. Fija La presa un instante privilegiado: en la medida ínfima del instante mágico cabían las posibilidades infinitas que encerraba la vida, las posibilidades que fueron desaprovechadas. La presa es memoria del momento en que alcanzó el punto más alto un niño que luego cayó: creció, se hizo mayor, dejó atrás la edad inocente, entró en el tiempo de la Historia, el tiempo que no controlas, el tiempo que te controla a ti, el tiempo del dolor y la cólera.

Un día, al final del verano de 1945, el emperador de Japón reconoció su humanidad: el emperador no era Dios. Si un dios muere, mueren todos los dioses. La guerra entró en la aldea de La presa, hirió al joven narrador. Quedaron reliquias durante algún tiempo: la cola de un avión, el olor del negro, grito inaudible como los gritos de las pesadillas, como las ramas bajas de un árbol invisible que cubre todo el valle y lo hace más hondo y estrecho. La muerte brutal, lo que se lee sobre la cara de los muertos, la melancolía y la insinuación de una sonrisa, de pronto se me habían vuelto tan familiares como a los adultos, dice el narrador. Pero, aunque ya no pertenece a la comunidad de los niños, tampoco los adultos son los suyos. El narrador vive de la envidia del pasado en un mundo digno de compasión. El pasado es irredimible, vislumbre de un tesoro del que es imposible apoderarse.

Porque la literatura no nombra lo sagrado, sino la ausencia irreparable de lo sagrado, herida incurable, vacío que no se puede llenar.

JUSTO NAVARRO

La presa

Mi hermano pequeño y yo estábamos hurgando con unos palos en la tierra blanda, que apestaba a grasa y a ceniza, del crematorio improvisado y de lo más sencillo: un mero foso casi a ras del suelo en un calvero abierto en medio de una espesa vegetación de arbustos. La bruma del crepúsculo, fría como las aguas subterráneas que manan en los bosques, ya llenaba el fondo del valle; pero sobre la pequeña aldea donde vivíamos, agrupada alrededor de la carretera sin asfaltar, en la falda de la colina, descendía suavemente una luz color vino púrpura.

Me incorporé, al tiempo que un débil bostezo llenaba mi boca. Mi hermano también se incorporó, bostezó y me sonrió.

Abandonando la "búsqueda", arrojamos nuestros palos a la espesura exuberante de las hierbas estivales y, hombro con hombro, tomamos el sendero del bosque que subía al pueblo. Habíamos ido a aquel lugar en busca de pedazos de hueso que tuvieran la forma idónea para ser llevados, como condecoraciones, en el pecho; pero los chiquillos de la aldea ya se lo habían llevado todo y nosotros volvíamos con las manos vacías. Me vería obligado a arrebatárselos a la fuerza a algún compañero de la escuela primaria... Recordé de repente lo que, dos días antes, había visto al deslizar una mirada entre las caderas de los adultos que formaban un corro negro alrededor del crematorio, donde quemaban el cadáver de una mujer de la aldea: en medio de la claridad de las llamas, aquel vientre desnudo, hinchado, prominente como un pequeño cerro, y en el rostro ¡aquella expresión de tristeza...!

Me estremecí de miedo, apreté con fuerza el enclenque brazo de mi hermano y avivé el paso. Me parecía seguir conservando en la nariz el olor del cadáver, tan persistente como el del líquido viscoso que desprendían algunos escarabajos cuando los aplastábamos entre nuestros dedos callosos.

La aldea se había visto obligada a utilizar aquel crematorio al aire libre porque la estación de las lluvias, excepcionalmente persistentes, había traído, desde antes del verano, constantes trombas de agua que provocaban inundaciones diarias. Cuando un corrimiento de tierras destruyó el puente colgante por donde pasaba el camino más corto para ir a "la ciudad", cerraron la sección de nuestro pueblo de la escuela primaria; el reparto de correo se había

interrumpido; y si a un adulto le resultaba imprescindible ir a "la ciudad", tenía que hacerlo por la ladera de la montaña, siguiendo un sendero angosto y peligroso. De modo que, entre otras cosas, quedaba excluido el traslado de los muertos al horno crematorio de "la ciudad".

Sea como fuere, el hecho de quedar casi completamente aislados de "la ciudad" no causaba demasiada pena en nuestra aldea de viejos campesinos que vivían en un relativo atraso. Cuando los rústicos aldeanos nos encontrábamos con los ciudadanos, nos trataban con una aversión semejante a la que habrían sentido por unos animales sucios, de modo que todo lo que necesitábamos para nuestra vida cotidiana estaba concentrado en ciertos puntos determinados y precisos situados en las laderas que dominaban nuestro estrecho valle. Añadamos a esto que estábamos al principio del verano y que el cierre de la escuela era del agrado de los niños.

Morro de Liebre estaba de pie a la entrada de la aldea, en el lugar donde comienza la carretera, y abrazaba a un perro contra su pecho.

Arrastré a mi hermano del hombro y cruzamos la densa sombra de un viejo albaricoquero para ir a examinar el animal que Morro de Liebre sostenía en sus brazos.

Morro de Liebre sacudió al perro y lo obligó a gruñir.

—¡Ven! ¡Mira esto!

Puso sus brazos bajo mi nariz: estaban cubiertos de mordeduras en las que se mezclaban la sangre y los pelos del perro. También en su pecho, así como en su cuello grueso y corto, se veían diversas mordeduras hinchadas como granos.

—¡Mira! —repitió Morro de Liebre dándose importancia.

—¡Me habías prometido que iríamos juntos a cazar un perro salvaje! ¡No tienes palabra! —exclamé, anonadado por la sorpresa y el pesar—. ¡Y fuiste solo!

—Te busqué, pero no te encontré... —replicó precipitadamente Morro de Liebre.

—Te ha mordido de mala manera —comenté rozando con la punta de los dedos al animal, que, igual que un lobo, mostró los dientes lanzando miradas rabiosas—. ¿Trepaste hasta su madriguera?

—¡Me protegí el cuello con un cinturón de cuero para que no me mordiera, mira!

Morro de Liebre estaba henchido de orgullo. Veía las laderas de los montes y la carretera teñidos por el crepúsculo purpúreo como si hubiera estado allí, y la silueta de Morro de Liebre con un cinturón de cuero para proteger su garganta que surgía de una madriguera de hierba y de ramas secas sosteniendo en los brazos un cachorro salvaje que no paraba de morderle.

—¡Lo importante es que no te pillen la garganta! —añadió Morro de Liebre con una voz a la que la confianza en sí mismo hacía más sonora—. ¡Además, esperé a que en el cubil sólo quedaran las crías!

—Vi correr a los lobos por el barranco. ¡Eran cinco! —dijo mi hermano excitadísimo.

—¡Ah! —exclamó Morro de Liebre—. ¿Y cuándo?

—Justo después del mediodía.

—Pues yo salí justo después de que tú los vieras.

—Este animal tiene un pelo blanco precioso —dije reprimiendo la envidia.

—A su madre se la tiró un lobo.

Morro de Liebre utilizó una expresión local muy grosera, pero de lo más expresiva.

—¡Fantástico! —exclamó mi hermano, soñador.

—Ahora ya se ha acostumbrado del todo a mí —dijo Morro de Liebre aún más orgulloso—. Ya no volverá con sus camaradas salvajes.

Mi hermano y yo manteníamos un silencio un poco escéptico.

—¡Ahora veréis!

Morro de Liebre puso al perro en el suelo, sobre el camino, y lo dejó libre.

—¡Ya veréis!

Pero en lugar de mirar al perro que estaba a nuestros pies, alzamos los ojos al cielo que domina nuestro angosto valle. A una velocidad fabulosa e inimaginable, un enorme avión cruza nuestra franja de cielo. Por un breve instante nos inundan oleadas de ruido. Atrapados en aquel estruendo como insectos caídos en aceite, somos incapaces del más mínimo movimiento.

—¡Un avión enemigo! —exclamó Morro de Liebre—. ¡Ha llegado el enemigo!

Sin bajar la mirada del cielo, gritamos también hasta casi enronquecer:

—¡Un avión enemigo...!

Pero, a excepción de unas cuantas nubes oscuras doradas por el sol poniente, el cielo había vuelto a quedar desierto. Buscamos con la mirada al perro de Morro de Liebre: corría por la carretera dando débiles ladridos y estaba a punto de escaparse. No tardó en desaparecer de nuestra vista saltando dentro de un matorral. Morro de Liebre se quedó clavado, en la actitud que había adoptado para lanzarse en persecución del animal. A mi hermano y a mí nos dio un ataque de risa que nos hizo bullir la sangre igual que si hubiéramos bebido alcohol.

Ni siquiera Morro de Liebre, a pesar de lo mohíno que se sentía, pudo resistirse a reír.

Le dejamos para dirigirnos corriendo al almacén, agazapado como una enorme bestia en el ocaso. En la penumbra de la doma,¹ mi padre preparaba la cena, dándonos la espalda.

—¡Hemos visto un avión! —gritó mi hermano—. ¡Un gran avión enemigo!

Mi padre se limitó a gruñir vagamente sin volverse. Yo, por mi parte, descolgué del gancho clavado en el tabique de madera su pesada escopeta de caza con la intención de limpiarla, y, cogidos del brazo, mi hermano y yo subimos los peldaños de la oscura escalera.

—¡Qué lástima lo del perro! —dije.

—¡Y lo del avión también!

Vivíamos en el centro de la aldea, en el primer piso del almacén comunitario, un local exiguo y ahora sin utilizar que había servido para la cría de gusanos de seda. Cuando mi padre desplegaba las esterillas de paja y las mantas sobre las que echaba a dormir encima del grueso suelo de madera, cuyos tablones comenzaban a deteriorarse, y mi hermano y yo nos acostábamos en el catre hecho con una puerta colocada directamente sobre el jergón utilizado antes para la cría de los gusanos de seda, la que había sido morada de legiones de larvas se llenaba a rebosar de criaturas humanas, pero a las vigas desnudas de su techo seguían pegadas unas hojas podridas de morera, y el papel de las paredes estaba constelado de manchas que despedían un hedor todavía fresco.

No teníamos ningún mueble. Lo único que confería cierta sensación de utilidad a nuestro humilde habitáculo era la escopeta de caza de mi padre, cuyo cañón brillaba débilmente, lo mismo que la culata, que gracias a su reflejo aceitoso parecía de auténtico acero y muy capaz de dejarte el brazo dolorido con su retroceso una vez disparado el tiro.

1. En las casas rústicas japonesas la cocina está en un cuarto de tierra batida llamado doma. Normalmente está ubicado en una zona oscura de la casa. (N. de la T.)

También había, colgando en racimos de las vigas desnudas, pieles secas de comadreja, así como toda clase de trampas. En efecto, mi padre se ganaba la vida con la caza del conejo de monte, de las aves silvestres y, los inviernos en que la nieve era abundante, del jabalí; también ponía trampas y llevaba al ayuntamiento de "la ciudad" las pieles secas de las comadreas que había atrapado.

Mientras frotaba el cañón con un trapo engrasado, mi hermano y yo contemplábamos el cielo oscuro por los intersticios de las tablas desunidas de la puerta, como si esperáramos oír de nuevo el zumbido del avión; pero era muy excepcional que alguno atravesara el cielo de nuestra aldea. Devuelta la escopeta al gancho, nos dejamos caer en el catre, apelotonados el uno contra el otro, a esperar, con el estómago vacío y gritando sin ambages que tenía hambre, que nuestro padre subiera con la marmita llena de arroz y verduras que se cocía en ella.

Mi hermano y yo éramos dos menudas semillas envueltas en una vaina dura y de pulpa espesa, dos semillas verdes engastadas en una fina película que, apenas fuera cosquilleada por la luz del exterior, se estremecería y acabaría por desprenderse. Ahora bien, en el exterior de la dura corteza, por el lado de la delgada franja de mar que, a lo lejos, se veía relucir desde la terraza, en la ciudad que había más allá del oleaje de montañas que se encaballaban, la guerra, para entonces una majestuosa leyenda mantenida durante demasiado tiempo y carente de atractivo, vomitaba un aire corrompido. Pero para nosotros la guerra sólo significaba la ausencia de los hombres jóvenes de la aldea y, de vez en cuando, la entrega por el cartero de un comunicado oficial anunciando una muerte en el campo de batalla. La dura envoltura y la espesa pulpa no se dejaban penetrar por la guerra. Hasta los aviones "enemigos" que, desde hacía poco, habían hecho su aparición en el cielo de nuestra aldea no eran más que pájaros de una especie rara.

Cerca del alba, me despertó un fuerte ruido; algo se había estrellado contra el suelo y propagaba por él un furioso fragor. Vi a mi padre medio incorporado encima de sus mantas colocadas sobre su lecho, con la mirada aguzada por la codicia, al igual que una fiera al acecho de noche en el bosque y a punto de saltar sobre una presa. Sin embargo, en lugar de eso, se tumbó de nuevo y pareció dormirse.

Esperé largo rato, con el oído alerta; pero el estruendo no volvió a repetirse. Aguardaba pacientemente, respirando en silencio el aire húmedo que olía a bichos y a moho, a la pálida claridad de la luna que se colaba en el almacén por un elevado tragaluz. Pasó mucho rato. Mi hermano, que dormía apretando contra mi costado su frente empapada de sudor, comenzó a gemir suavemente. También él había esperado que la tierra volviera a retumbar; pero sin duda la espera había durado demasiado y no había podido aguantar. Puse la mano sobre su cuello grácil y fino como el tallo de una planta; y reconfortándolo con levísimos achuchones, acunado por el movimiento de mi brazo, me dormí de nuevo.

Cuando me desperté, la brillante luz de la mañana penetraba en el almacén por todas las rendijas de los tablones de madera. Ya hacía calor. Mi padre no estaba allí. Tampoco estaba su escopeta colgada en su lugar habitual. Sacudí a mi hermano para que se despertara y, semidesnudo, salí al umbral del almacén. Una claridad implacable inundaba la carretera y la escalera de piedra. Los niños de la aldea ya correteaban por allí gritando como cachorros; algunos estaban de pie distraídamente inmóviles, otros despulgaban a sus perros

tumbados al sol, con los ojos entornados por la intensidad de la luz... pero no se veía a ningún adulto. Mi hermano y yo corrimos hasta la herrería, bajo la sombra densa del alcanforero; al fondo del oscuro recinto no se alzaba ninguna llama de las brasas; el fuelle estaba silencioso; tampoco se veía al herrero, por lo general ocupado en levantar con sus brazos extraordinariamente tostados y descarnados, enterrado hasta medio cuerpo, los hierros incandescentes. Era la primera vez que encontrábamos vacía la forja en plena mañana. Cogidos del brazo, regresamos en silencio por la calle mayor. En toda la aldea, ni un solo adulto. Las mujeres, invisibles, debían de permanecer dentro de las casas. Sólo quedaban los niños, envueltos por el sol que caía a raudales. Una extraña inquietud embargó mi corazón.

Morro de Liebre estaba echado en los escalones que bajaban a la fuente. Nos vio y, agitando los brazos, se nos acercó corriendo. Se esforzaba en adoptar una actitud presuntuosa, y de su labio partido salía una ligera espuma blanca de saliva.

—¡Eh! ¿Sabes lo que ha ocurrido? —me gritó al tiempo que me daba una palmada en el hombro—. ¿Lo sabes?

—¿Qué? —vacilé.

—¡El avión que vimos ayer se estrelló anoche en la montaña! ¡Todos los hombres están batiendo la zona, con sus escopetas, para encontrar a su tripulación!

—¿Piensan matar a los soldados enemigos? —preguntó mi hermano dándose importancia.

—Seguro que no, no tienen suficientes cartuchos —explicó Morro de Liebre amablemente—, más bien intentan capturarlos.

—¿Qué puede haberle ocurrido a ese avión? —pregunté.

—Cayó en el bosque de abetos y se partió —contestó apresurado Morro de Liebre, con los ojos encendidos de excitación—. El cartero lo vio. ¿Sabes de qué bosque se trata?

Lo sabía. En aquel momento, en el bosque de marras, las flores de abeto debían de estar abriéndose, como las espiguillas de las gramíneas.

Al término del verano, unas piñas parecidas a huevos de pájaro silvestre sustituirían a las pequeñas flores, e iríamos a recogerlas para utilizarlas como armas arrojadizas. Entonces, al atardecer o a la salida del sol, con una crepitación tan furiosa como repentina, los oscuros proyectiles ametrillarían las paredes del almacén...

—¿Entiendes lo que quiero decir?

Morro de Liebre encogía los labios, mostrando unas encías rojo brillante.

—¡Pues claro! ¿Vamos allí?

Me tocaba a mí hacerme el importante. Morro de Liebre sonrió con un aire astuto que dibujaba en torno a sus ojos una cantidad incalculable de arrugas y me miró en silencio. Me mosqueé.

—Si vamos, corro a ponerme una camisa y vuelvo —dije mirando a Morro de Liebre a los ojos—. Puedes adelantarte, te alcanzaré enseguida.

Todo el rostro de Morro de Liebre se llenó entonces de arrugas.

Con un tono de voz que expresaba una irreprimible y desbordante satisfacción, dijo:

—¡Ni hablar! Los niños tenemos prohibido ir a la montaña. ¡Podrían confundirnos con los aviadores enemigos y matarnos!

Agaché la cabeza, con la mirada fija en mis pies desnudos, en mis dedos cortos y rechonchos, posados en el empedrado que el sol matutino abrasaba. La decepción invadía todo mi cuerpo, infiltrándose por doquier igual que la savia por los árboles; tenía la piel tan ardiente como las vísceras de un ave recién degollada.

—¿Qué cara deben de tener los enemigos? —preguntó mi hermano.

Abandoné a Morro de Liebre y, rodeando con el brazo el hombro de mi hermano, regresé por la calle mayor. Sí, ¿qué cara tendrían los soldados extranjeros? ¿Cómo, en qué postura, se ocultarían en nuestros prados o nuestros bosques? Me parecía notar la presencia de soldados extranjeros ocultos en todas partes, conteniendo su aliento en todos los prados y en todos los bosques que, desde el fondo del valle, rodeaban la aldea; tenía la sensación de que el débil

rumor de su respiración se ampliaría y estallaría de repente en un formidable estruendo. El olor de su piel chorreante de sudor, y el violentamente agresivo de sus cuerpos, flotaba sobre el valle como si se tratara de un fenómeno atmosférico estacional.

—¡Me gustaría que no los mataran, que se limitaran a capturarlos y traerlos aquí! —dijo mi hermano, soñador.

Bajo la luz del sol, que caía a raudales, teníamos la garganta seca, la saliva pastosa y el vientre vacío hasta el punto de sentir el epigastrio contraído. Probablemente nuestro padre no regresaría antes de la noche, de modo que no teníamos más remedio que prepararnos la comida. Bajamos a la parte trasera del almacén, hasta el pozo y su cubo roto, y bebimos agua, apoyados con ambas manos en las piedras frías y rezumantes que sobresalían como vientres de crisálidas de la pared interior del pozo. Después de llenar de agua la poca profunda cacerola de hierro y colocarla en el fuego, hurgamos en el montón de sacos de arroz que estaba al fondo del almacén y encontramos unas cuantas patatas. Mientras las lavábamos, las sentíamos en nuestras manos tan duras como piedras.

La comida que siguió a estos esfuerzos fue sencilla pero abundante. Mientras comía con satisfacción sus patatas como un animal dichoso, mi hermano seguía soñando.

—¿Crees que los soldados se habrán encaramado a las copas de los abetos? ¡He visto una ardilla en la punta de una rama!

—No les será difícil ocultarse en los árboles: están en flor — contesté.

—¡Mi ardilla lo ha hecho en un abrir y cerrar de ojos! —dijo mi hermano sonriendo.

Imaginé a los soldados extranjeros escondidos en las ramas más elevadas de los abetos cubiertos de una profusión de flores semejantes a espiguillas de gramíneas, espiando a mi padre y a los demás hombres a través de los ramilletes de finas agujas verdes. Con los trajes de vuelo hinchados y constelados de flores pegajosas, debían de parecer ardillas gordas a reventar antes de la hibernación.

—Ocultos o no en los árboles, los ladridos de los perros los descubrirán —aseguró mi hermano.

Cuando nuestro estómago manifestó que ya no tenía más hambre, dejamos en la oscura doma la cacerola y las patatas, así como un puñado de sal, y fuimos a sentarnos en los escalones de piedra, a la entrada del almacén. Permanecimos allí largo rato, adormilados; después, al llegar la tarde, fuimos a bañarnos al manantial que alimentaba la fuente de la aldea.

Allí, Morro de Liebre, tumbado completamente desnudo en la losa más ancha y más cómoda, dejaba que las chiquillas acariciaran su sexo rosado como si fuera una muñequita. Congestionado, con una risa tan estridente como un chillido de pájaro, de vez en cuando daba una sonora palmada en el trasero, también desnudo, de una niña.

Mi hermano se acuclilló al lado de Morro de Liebre, y observaba con mucha afición la festiva ceremonia, de la que no se perdía detalle.

Yo salpiqué de agua a la horrible chiquillería que, entre baño y baño, holgazaneaba bajo el sol al borde del manantial, y, poniéndome la camisa sin ni siquiera secarme, regresé a los escalones del almacén dejando la huella de mis pies mojados en las piedras de la calle. Allí, con las rodillas recogidas entre los brazos, permanecí largo tiempo sentado sin moverme. La excitante tensión de la espera y una sensación de ardiente ebriedad me recorrían todo el cuerpo y afloraban en mil lugares bajo mi piel como si otras tantas burbujas se reventaran... ptchi... ptchi...

Me imaginé entregándome a aquel extraño juego por el que Morro de Liebre manifestaba una predilección tan anormal. Sin embargo, cada vez que las niñas salían del baño desnudas, como el resto de la chiquillería, caminaban moviendo las caderas y me dirigían una tímida sonrisa, mientras una pincelada de un rosa indeciso, color de melocotón aplastado, se insinuaba entre los pliegues de su pequeño e inmaduro sexo, yo las llenaba de improperios y les tiraba piedras hasta obligarlas a esfumarse.

Esperé sin cambiar de postura hasta que todo el cielo de nuestro valle se llenó de las encendidas llamaradas del sol poniente y de unas nubes volanderas de colores, flameantes. Los hombres seguían sin regresar. La impaciencia me volvía loco.

Después las luces del crepúsculo palidecieron y un viento fresco, acogido gozosamente por la epidermis todavía abrasada por el sol del día, comenzó a soplar desde las profundidades del valle. Los

velos de la noche acababan de alcanzar la sombra de los repliegues del valle cuando, acompañados por los ladridos de los perros, los hombres regresaron a la aldea, una aldea que no soportaba el silencio sin esfuerzo y cuyo espíritu había sido sometido a una dura prueba por la penosa espera. Junto con los demás niños corrí a su encuentro.

Fue una sorpresa para mí descubrir, rodeado por nuestros mayores, a un gigante negro. Me quedé petrificado de miedo.

La comitiva avanzaba, con los labios apretados gravemente, rodeando la "presa", los torsos echados hacia adelante, igual que a la vuelta, en invierno, de una cacería de jabalíes. La "presa", por su parte, no llevaba un mono de vuelo de seda ocre ni botas negras de aviador de piel suave, sino una cazadora y un pantalón caquis y, en los pies, unas botas nada especiales que parecían muy pesadas. La "presa" caminaba con su ancha cara negra y reluciente levemente levantada hacia el cielo, donde todavía se demoraba un rastro de luz, y cojeaba ligeramente arrastrando una pierna. Le habían rodeado los tobillos con una cadena de trampa para jabalíes que rechinaba con un sonido metálico. Inmediatamente detrás de los hombres que escoltaban a la "presa", iba el enjambre, silencioso, como está mandado, de la chiquillería.

El cortejo avanzó con lentitud hasta la plaza, delante de la escuela, y se paró sin agitación ni ruido. Abriéndome paso en medio de los niños, llegué hasta la primera fila; pero el viejo jefe de la aldea nos ordenó, levantando la voz, que nos largáramos. Retrocedimos hasta los albaricoqueros, en una esquina de la plaza, fijamos allí resueltamente el límite de nuestro repliegue, y, de lejos, a través de la oscuridad que se iba espesando, seguimos contemplando la asamblea de los ancianos. Desde la entrada de las casas que daban a la plaza, con los brazos cruzados encima de sus batas blancas, las mujeres, preocupadas, se esforzaban por captar algo de los murmullos de los hombres que acababan de regresar con una "presa" de su peligrosa cacería.

Morro de Liebre me asestó un violento codazo en el costado y me arrastró fuera del grupo de nuestros compañeros a la espesa sombra de un alcanforero.

—¿Has visto? ¡Es un negro! Siempre pensé que sería así —dijo, con la voz temblorosa por la emoción—. Es un negro auténtico, ¿sabes?

—¿Qué le harán? ¿Le fusilarán en la plaza?

—¿Fusilarle? —exclamó Morro de Liebre, desconcertado—. ¿Fusilar a un auténtico negro de carne y hueso?

—¡Se trata de un enemigo! —alegué sin excesiva convicción.

—¿Un enemigo? ¿Llamarle enemigo a algo así?

Morro de Liebre me agarró por la camisa y comenzó a insultarme, salpicándome de saliva con su labio partido.

—¡Es un negro, un negro! ¡No un enemigo!

—¡Eh, mirad eso!

Era la voz de mi hermano, vibrante de exaltación; procedía del grupo de niños.

—¡Mirad lo que hace!

Morro de Liebre y yo nos volvimos. Un poco al margen de los aldeanos, que le miraban con perplejidad, el soldado negro, con los hombros abatidos, orinaba. Le devoramos con la mirada mientras su silueta se fundía en la oscuridad con las sombras cada vez más espesas, dejando ver únicamente la cazadora y el pantalón caquis, bastante parecidos a un mono de faena. Orinó interminablemente, con la cabeza un poco ladeada y moviendo sus caderas, abatido, mientras se alzaban a su espalda, como una nube, los suspiros de los niños que estaban observándole.

De nuevo los hombres le rodearon y le arrastraron lentamente. Nosotros, abandonando nuestro rincón, los seguimos en profundo silencio, manteniéndonos a una distancia prudente. La escolta y la "presa" se detuvieron al lado del almacén, delante de la trampa por la que entraban y salían las cargas. Daba a la oscura escalera de la bodega donde eran almacenadas durante el invierno las mejores castañas del otoño, una vez seleccionadas y tratadas con bisulfuro de carbono para matar las larvas alojadas debajo de la corteza; la oquedad abierta hacía pensar en una madriguera. Con una lentitud solemne, como si asistiéramos al comienzo de un rito iniciático, el soldado negro desapareció por ella, escoltado por sus guardianes. Después, un brazo blanco de hombre se agitó por un instante y cerró desde dentro la pesada trampa.

Con toda la atención del mundo, vigilábamos desde lejos los desplazamientos de una luz anaranjada detrás del angosto tragaluz que se extendía entre el techo de la bodega y el nivel de la calle. Ninguno de nosotros se sentía con la suficiente osadía para echar una mirada furtiva por la abertura. La insoportable espera de algo inminente nos extenuaba. Sin embargo, no sonó ningún disparo. En lugar de ello, se levantó un poco la trampa de la bodega y el rostro bronceado del jefe de la aldea apareció por la abertura. Sus furiosos insultos nos obligaron a renunciar a observar, ni que fuera de lejos, el tragaluz; todos nos largamos corriendo por la calle, sin una palabra de protesta pero con el corazón henchido de una expectativa que llenaría de pesadillas nuestras horas nocturnas. El ruido de nuestros pies sobre las piedras engendraba un miedo que nos perseguía.

Mi hermano y yo dejamos allí a Morro de Liebre, absolutamente decidido, pese a todo, a presenciar de cerca lo que ocurriera entre los adultos y el prisionero. Rodeando el almacén, alcanzamos la puerta trasera y, afianzándonos bien por la rampa siempre húmeda, subimos al granero que nos servía de vivienda. ¡Íbamos a vivir en la misma casa que la "presa"! Claro está que, por más que aguzáramos el oído, no conseguiríamos escuchar los gritos proferidos en la bodega; pero ello no impedía que fuera algo extraordinario y arriesgado, realmente increíble para nosotros: ¡el catre sobre el que nos acostábamos estaba justo encima de la bodega a la que había sido llevado el soldado negro!

Mis dientes castañeteaban de exaltación, de miedo y de alegría, mientras que mi hermano, acurrucado debajo de la manta, era sacudido por escalofríos como si hubiera cogido una gripe. Pero mientras esperábamos el regreso de nuestro padre arrastrando su pesada escopeta y su cansancio, sonreíamos al pensar en el maravilloso regalo que acabábamos de recibir.

Apenas habíamos empezado a comer las patatas abandonadas antes —ahora frías, duras y húmedas—, no tanto para satisfacer nuestra hambre como para distraer, mediante una meticulosa masticación y el gesto de alzar y luego bajar los brazos, el tumulto que agitaba nuestro ánimo, cuando nuestro padre, llevando al paroxismo la impaciencia que nos embargaba, subió la escalera. Temblorosos, no le quitábamos los ojos de encima mientras colgaba su escopeta del gancho y se sentaba en la manta tendida en el suelo; pero se quedó allí sin decir nada, limitándose a mirar de reojo la cacerola de patatas que estábamos a punto de vaciar. Me dije que

estaba muerto de cansancio y de muy mal humor. ¡Pero, al fin y al cabo, nosotros, los niños, no podíamos hacer nada para aliviarle!

—¿No queda arroz? —preguntó mirándome fijamente. La piel de su cuello, invadida por una barba hirsuta, se hinchó como una bolsa.

—No —dije a media voz.

—¿Tampoco queda cebada? —gruñó enfadado.

—¡No hay nada! —le contesté irritado.

—¿Y el avión? —preguntó tímidamente mi hermano—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Ardió. Estuvo a punto de quemar el bosque.

—¿Todo? ¿No queda nada?

Mi hermano suspiró.

—Sólo queda la cola.

—La cola... —replicó mi hermano, fascinado.

—¿Había algún otro soldado? —pregunté a mi vez—. Supongo que no iba solo a bordo.

—Había otros dos. Muertos. Él se tiró en paracaídas.

—En paracaídas... —comentó mi hermano, cuya voz era cada vez más soñadora.

Me armé de valor.

—¿Qué pensáis hacer con él?

—Cebarlo hasta que se sepa qué deciden en la "ciudad".

—¡Cebarlo! ¿Cómo si fuera un animal? —exclamé, bastante sorprendido.

—Es una bestia, ni más ni menos que una bestia —dijo mi padre gravemente—. Apesta como un buey.

—Me gustaría mucho verle —suspiró mi hermano mirando a nuestro padre. Pero éste, taciturno, no volvió a abrir la boca y bajó por la escalera.

Esperamos, acucillados en la madera de nuestro catre, a que nuestro padre regresara con el arroz y las legumbres que había ido a pedir prestadas y preparara para nosotros tres un guiso caliente y abundante. Estábamos tan excitados que no teníamos ni hambre. La piel de nuestros cuerpos temblaba de excitación con movimientos nerviosos y convulsivos, igual que los órganos de una perra en celo.

"¡Están cebando al soldado negro!" Me abracé a mí mismo. Tenía ganas de desnudarme y gritar hasta desgañitarme...

¡Le estaban cebando como a un animal...!

A la mañana siguiente mi padre, sin decir palabra, me despertó de un empujón. Acababa de amanecer. Por las rendijas de los tablones de madera se filtraba una luz pesada y una niebla turbia, de color ceniza.

Tardé en despertarme por completo el tiempo de engullir mi desayuno frío. Mi padre llevaba la escopeta al hombro y la fiambreira colgada del cinturón; con unos ojos que la falta de sueño ensuciaba con reflejos amarillentos contempló cómo daba cuenta de mi desayuno. Al ver sobre sus rodillas un fardo envuelto en tela de embalar que sin duda contenía pieles de comadreja, contuve la respiración y pensé: "Vamos a "la ciudad"". Y, seguramente, para informar a la alcaldía del asunto del soldado negro.

Un torrente de preguntas se removía en el fondo de mi garganta, frenando el ritmo de mi deglución. La fuerte mandíbula de mi padre, cubierta por una barba hirsuta, no paraba de moverse, como si mascara granos de cereales. Estaba claro que la falta de sueño le ponía nervioso e irascible; era inútil hacerle preguntas respecto al soldado negro. La noche antes, después de cenar, había recargado su escopeta y había bajado para montar guardia.

Mi hermano dormía, con la cabeza cubierta por la manta que olía a hierba seca. Cuando terminé de desayunar, me alejé de puntillas procurando no hacer ruido para no despertarle. Me puse una camisa verde de tela gruesa, me calcé unas zapatillas de deporte que casi nunca utilizaba, me cargué a hombros el fardo que mi padre había tenido sobre sus rodillas y bajé corriendo la escalera.

La niebla se deslizaba a ras de las piedras mojadas de la carretera; la aldea, rodeada por la bruma, seguía profundamente dormida. Las gallinas, fatigadas, permanecían mudas; ni los perros ladraban. Arrimado a un albaricoquero, al lado del almacén, vi a un hombre armado con una escopeta, la cabeza ligeramente ladeada. Era el centinela. Mi padre cambió con él unas palabras en voz baja. Me atreví a dirigir una rápida mirada al tragaluz, que parecía una negra herida, y el miedo me congeló: ¿y si los brazos del soldado surgían del agujero y me capturaban?

Quería alejarme de la aldea cuanto antes.

Cuando nos pusimos en marcha, siempre silenciosos, procurando no resbalar sobre las piedras mojadas, el sol consiguió perforar la espesa niebla y nos ametralló con rayos ardientes y tenaces.

Al salir del bosque de cedros, donde nos habíamos sentido en plena noche, para alcanzar el camino de la cresta tomamos el sendero que escalaba la ladera de arcilla blanda y roja, que se nos pegaba a las suelas. La niebla se deslizaba socarronamente a nuestro alrededor dejando sobre nosotros gruesas gotas de lluvia que llevaban hasta el fondo de mi boca su sabor metálico; me dificultaba la respiración, empapaba mis cabellos y depositaba unas perlas de un brillo plateado en el cuello de mi camisa de algodón arrugada y mugrienta. Más que de las aguas que manaban justo debajo de la alfombra de hojas podridas, tan blanda al caminar, y atravesaban nuestro calzado y nos congelaban los dedos de los pies, teníamos que precavernos de las heridas de los ariscos matorrales de helechos, cuyos tallos traspasan la piel como agudos clavos, o de provocar la cólera y el ataque de alguna víbora silenciosa al acecho entre sus raíces obstinadamente extendidas por todas partes.

Cuando salimos de la sombra de los cedros al camino que rodeaba los matorrales, la niebla acababa de disiparse y ya era de día. Sacudí de mi camisa y de mi pantalón las gotas de agua que los perlaban con el mismo cuidado que si se hubiera tratado de semillas erizadas de púas. El cielo despejado era de un azul agresivo. A lo lejos se sucedían montañas y más montañas, tenían el color cobrizo del mineral que solíamos recoger en una mina abandonada del valle; su oleaje azul como la noche. Un trozo de mar auténtico asomaba deslumbrante bajo el sol blanco e incandescente.

A nuestro alrededor sólo se oían los cantos de los pájaros. Las ramas superiores de los grandes pinos murmuraban agitadas por el

viento. Mi padre, al aplastar con la bota un montículo de hojas secas, hizo salir de él de un gran salto, como un surtidor grisáceo, a un aterrizado ratón campestre, más muerto que vivo, que me asustó por un momento antes de desaparecer corriendo entre la maleza ya enrojecida por el otoño.

—¿Vamos a la ciudad para hablar del negro? —le pregunté a mi padre, de quien sólo veía la fornida espalda.

—¿Qué? —gruñó—. ¡Ah!, sí...

—¿Crees que la policía subirá hasta aquí?

—No lo sé —masculló—. Hasta que el gobierno civil esté informado, no se puede decir nada.

—¿No podríamos seguir cebándolo en el pueblo? —dije—. ¿Crees que es peligroso?

Mi pregunta tropezó con un mutismo deliberado. Reviví mentalmente la sorpresa y el espanto de la noche anterior, cuando trajeron al soldado negro al pueblo. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento en su bodega? Se escapará de ese agujero, y matará a todos los habitantes y a los perros de la aldea y prenderá fuego a las casas. Un escalofrío de terror recorrió mi cuerpo, y me esforcé por no seguir pensando en ello.

Adelanté a mi padre y bajé corriendo la prolongada pendiente hasta quedarme sin aliento.

Cuando llegamos al llano, el sol dominaba el cielo. A trechos, a ambos lados del camino, pequeños desprendimientos de tierra habían dejado al descubierto, tan roja como la sangre fresca, la arcilla, que brillaba bajo el sol. Caminábamos con la frente desnuda expuesta a sus tórridos rayos. El sudor corría sobre la piel de mi cráneo y, deslizándose entre mi pelo corto, me caía por la frente hasta las mejillas.

Una vez en "la ciudad", apretado contra la cadera de mi padre, caminé por las calles sin mirar a los chiquillos que me provocaban. De no haber sido por la presencia de mi padre, sin duda me habrían insultado y arrojado piedras. Yo odiaba a los chicos de "la ciudad" tanto como a algunas bestezuelas a las cuales nunca había podido acostumbrarme; despreciaba a aquellos pilluelos de miradas

burlonas, flacos como un palo, bañados por la luz de mediodía. Y creía que, de no haber sido por las personas mayores que desde el fondo de las tiendas nos seguían sin duda con la mirada, habría podido tumbarlos a todos a puñetazos.

El ayuntamiento estaba cerrado por el descanso del mediodía.

Nos pusimos a bombear la fuente de la plaza mayor para saciar nuestra sed; después esperamos largo rato, sentados en unas sillas de madera junto a una ventana en que reverberaban los rayos de un sol ardiente.

Al fin, terminado su almuerzo, apareció un viejo empleado. Mi padre y él hablaron en voz baja y después entraron juntos en el despacho del alcalde. Por mi parte, llevé las pieles de comadreja a la taquilla detrás de la cual se alineaban diferentes balanzas de pequeño tamaño.

Allí contaron las pieles y anotaron el total en un registro, así como el nombre de mi padre. Vigilé las operaciones muy de cerca cuando la empleada —una miope que llevaba unas gafas muy gruesas— apuntó el número de pieles.

Realizada esta tarea, ya no me quedaba nada por hacer. Mi padre tardaba en salir. Entonces, con los zapatos en la mano y los pies desnudos resonando como ventosas sobre el suelo del pasillo, busqué a la única persona que conocía en "la ciudad", el hombre que solía subir a la aldea para traernos notificaciones. Sólo tenía una pierna. En la aldea todo el mundo, niños y adultos, le llamaban Chupatintas, pero prestaba diversos servicios, como ayudar al médico en la escuela durante la revisión médica.

—¡Vaya, aquí tenemos a un "sapito"! —gritó Chupatintas levantándose de la silla situada enfrente del tabique móvil que dividía la habitación. Aunque un poco molesto, me acerqué a su mesa de trabajo; si nosotros le llamábamos Chupatintas, que él llamara sapitos a los niños de la aldea resultaba de lo más normal. Estaba muy contento de haberle encontrado.

—Parece que habéis capturado a un negro, ¿verdad, sapito? —dijo Chupatintas moviendo su pierna artificial debajo de la mesa.

—Sí —contesté apoyando las manos en su escritorio, donde, envuelta en una hoja amarillenta de periódico, estaba su fiambrera.

—¡No está mal!

Orgullosamente, asentí con la cabeza fijando la mirada en sus labios azulados; me habría gustado hablar como un adulto del soldado negro que llegó a la aldea arrastrado como una presa en la noche, pero no encontraba las palabras para describirlo. Me limité a preguntar:

—¿Piensan matar a ese soldado negro?

—A decir la verdad, no lo sé.

Chupatintas apuntó con su barbilla al despacho del alcalde.

—Ahora deben estar decidiéndolo.

—¿Lo trasladarán a la ciudad?

—¡Se te ve muy contento de que la escuela esté cerrada! —dijo Chupatintas eludiendo mi importante pregunta—. La maestra es una manta. No para de quejarse. ¡No hay manera de que suba hasta allí! ¡Todos los chiquillos de la aldea le parecen sucios y malolientes!

No me sentía orgulloso de la mugre de mi cuello, pero, aun así, levanté la cabeza con aire desafiante y fingí reírme. La rígida pierna artificial de Chupatintas asomaba por debajo de su escritorio y rebotaba.

Me gustaba verle saltar por el camino del monte con su pierna sana, su pata de palo y una única muleta; pero aquí, sentado en su silla, su pierna artificial tenía algo de espeluznante y turbio, al igual que los chiquillos de "la ciudad".

—De todos modos, eso de que la escuela esté cerrada te encanta, ¿verdad? —dijo Chupatintas riéndose, mientras su pierna artificial rebotaba debajo de la mesa—. ¡Seguro que tú y tus compañeros preferís divertirlos en la calle que ser tratados como boñigas en clase!

—¡Qué se creen! Ellas también son sucias —dijo.

Era cierto: todas las maestras eran feas y sucias. Chupatintas soltó una carcajada. Pero mi padre acababa de salir del despacho del

alcalde y me llamaba en voz baja. Chupatintas me dio una palmadita amistosa en el hombro, yo se la devolví en el brazo, y salí corriendo.

—No dejes que el prisionero se escape, ¿eh, sapo? —gritó Chupatintas a mi espalda.

—¿Qué han decidido respecto al soldado? —le pregunté a mi padre mientras cruzábamos "la ciudad" abrumada por el sol.

—¿Les crees capaces de asumir la más mínima responsabilidad? — se limitó a contestarme con violencia, como si me echara una bronca. Intimidado por su mal humor, decidí callar y seguí caminando en zigzag buscando la escasa sombra de los desmedrados árboles que crecían a los lados de la calle. En "la ciudad" hasta los árboles eran, al igual que los críos, antipáticos e insidiosos.

Llegamos al puente que señalaba el final de la población. Mi padre se sentó sobre el bajo pretil y, siempre sin decir nada, abrió el paquete que contenía nuestro almuerzo. Tuve que seguir haciendo esfuerzos heroicos para no hacerle preguntas y tendí mis dedos algo sucios al paquete, colocado sobre las rodillas de mi padre. En silencio, comimos nuestras bolas de arroz hervido.

Terminábamos nuestro almuerzo cuando se acercó una chiquilla para cruzar el puente. Su cuello era fresco y delicado como el de un pájaro. Una rápida mirada crítica a mi atuendo y a mi aspecto me llevó a la conclusión de que yo era mucho más apuesto y más fuerte que cualquier muchacho de "la ciudad". Estiré las piernas y aguardé a que la niña pasara a mi altura. La sangre latía en mis oídos. Ella me miró durante una fracción de segundo con el ceño fruncido y pasó de largo rápidamente. De repente, perdí el apetito. Por la estrecha escalera abierta en la cabeza del puente bajé al lecho del río para beber un poco de agua. Estaba lleno de altos tallos de ajeno. Los aparté con los pies para abrirme paso hasta el borde del agua, que era de color pardo, turbia y sucia. Me sentí infinitamente miserable y desvalido.

Con las pantorrillas entumecidas y la cara recubierta de una mezcla de sudor, grasa y polvo, regresamos recorriendo a la inversa el camino de la montaña; cuando bajamos hasta la entrada de la aldea, después de cruzar de nuevo el bosque de cedros, ya había oscurecido por completo, y si bien el calor del sol seguía dentro de

nuestros cuerpos, la densa niebla que se estaba alzando nos acariciaba con una deliciosa frescura.

Dejé que mi padre se dirigiera solo a la casa del jefe de la aldea, para darle su informe, y subí a nuestro piso del almacén. Mi hermano dormía a pierna suelta, echado en nuestro catre. Le cogí del hombro y, sacudiéndole para despertarle, noté en mi palma la fragilidad de su osamenta. Al contacto de mi mano ardiente sobre su piel desnuda, sus músculos se contrajeron ligeramente, pero al punto abrió los ojos, en los que no había ninguna señal de cansancio o miedo.

—¿Qué tal, muchacho, cómo se ha portado? —le pregunté.

—No ha hecho más que dormir en su bodega —contestó mi hermano.

—¿No has tenido miedo, estando solo? —le pregunté amablemente.

Dijo que no con la cabeza mirándome con toda seriedad. Entreabrí el postigo corredero de madera y me encaramé al alféizar de la ventana para mear. La niebla, igual que un ser dotado de vida, se arrojó sobre mí y me rodeó; en un abrir y cerrar de ojos se me metió hasta el fondo de la nariz. El chorro de orina llegaba lejos y rebotaba encima de las piedras de la calle; cuando cayó sobre el tejadillo de la ventana de la planta baja, que sobresalía de la pared, unas tibias salpicaduras mojaron la parte superior de mis pies y mis muslos, granujientos porque se me había puesto la carne de gallina. Mi hermano, con la cabeza acurrucada en mi costado como un animalito, contemplaba el espectáculo con el mayor interés.

Seguimos un momento en la misma posición. Del fondo de nuestras estrechas gargantas subía una oleada de pequeños bostezos, cada uno de los cuales hacía aparecer en nuestros ojos unas cuantas lágrimas límpidas y desprovistas de significado.

—¿Morro de Liebre ha ido a verle? —le pregunté a mi hermano, que, en sus esfuerzos por ayudarme a cerrar el postigo, mostraba la musculatura de sus hombros.

—No, riñen a todos los niños que se acercan por la plaza —contestó con expresión de despecho—. Pero dime, ¿vendrán de "la ciudad" para llevárselo?

—No lo sé —contesté.

Oímos que mi padre y la propietaria del colmado entraban en la planta baja. La mujer no paraba de decir que se sentía totalmente incapaz de bajar a la bodega para llevarle la comida al soldado negro.

—¡No puede pedirme eso a mí, una mujer! ¿Por qué no manda a su hijo?

Yo estaba agachado, a punto de quitarme las zapatillas, pero me incorporé. La pequeña y suave mano de mi hermano se crispaba en mi cadera. Esperé la llamada de mi padre mordiéndome el labio.

—¡Ven acá! ¡Baja!

Al instante arrojé las zapatillas debajo del catre y bajé las escaleras de dos en dos.

Con la culata de su escopeta, que sostenía ante sí, me señaló la cesta con comida que la mujer había dejado en el suelo. Asentí con un gesto y la así firmemente. Sin decir palabra salimos del almacén al aire helado a causa de la niebla. Bajo nuestros pies, las piedras del camino conservaban un resto del calor del día. Ya nadie montaba guardia al lado del almacén. Al descubrir la débil claridad que se filtraba por el tragaluz, noté que el veneno del cansancio me atenazaba todo el cuerpo con sus toxinas. Sin embargo, los dientes me castañeteaban por la excitación: por primera vez, iba a tener la ocasión de ver al hombre negro de muy cerca.

El imponente candado que cerraba la trampilla estaba cubierto de gotas de agua. Tras retirarlo, mi padre examinó el interior de la bodega; después bajó solo, con un cuidado infinito, sujetando la escopeta.

Yo esperé agazapado en la entrada. El aire saturado de humedad se me pegaba a la nuca como un collar. Consciente de las innumerables y expectantes miradas que se clavaban en mi espalda, sentía vergüenza por el temblor de mis robustas piernas morenas.

—¡Acércate! —exclamó mi padre con voz ahogada.

Bajé unos cuantos peldaños apretando la cesta contra mi pecho. A la débil claridad que proporcionaba una bombilla desnuda, vi a la

"presa" acurrucada en el suelo. Por un momento quedé fascinado contemplando la gruesa cadena de trampa para jabalíes que ataba su negro pie a una pilastra. La "presa", que se rodeaba las rodillas con los brazos y tenía el mentón hundido entre sus largas piernas, alzó hacia mí unos ojos inyectados en sangre, unos ojos aceitosos cuya viscosidad parecía atrapar. Toda la sangre se me agolpó de repente en las orejas, y me puse colorado como la cresta de un gallo. Desviando la mirada, levanté los ojos hacia mi padre, que se apoyaba en la pared apuntando con la escopeta a la "presa". Con un gesto de la barbilla, mi padre me indicó que me acercara. Entornando los ojos, avancé en línea recta y dejé la cesta con la comida delante del soldado negro. Mientras retrocedía de espaldas, una llamarada de pánico me retorció las entrañas y tuve que reprimir las ganas de vomitar. Todos teníamos la mirada fija en la cesta de provisiones: el prisionero, mi padre y yo. A lo lejos ladró un perro. Detrás del agujero del tragaluz, la plaza en tinieblas estaba desierta y silenciosa.

La cesta de provisiones, sobre la que se había posado indecisa la mirada ansiosa del soldado negro, adquirió de repente para mí un renovado interés. Ahora la veía con los ojos del soldado negro hambriento: contenía varias bolas grandes de arroz hervido, así como pescado salado a la brasa y verduras guisadas; también había leche de cabra en una jarra de cristal tallado de ancho gollete. El soldado negro seguía en la postura que tenía en el momento en que entré sin apartar los ojos de la cesta y de su contenido. La situación se prolongaba, hasta el punto de que incluso yo, que tenía el vientre vacío, comencé a sentir calambres en el estómago. De pronto me pregunté si el soldado negro no tocaba la cena que le ofrecíamos por desprecio a su pobreza. Un sentimiento de vergüenza me invadió. Si el soldado negro seguía sin tocar la cena, mi sentido de la vergüenza se contagiaría a mi padre y él, abrumado por la humillación, reaccionaría con indignación, ¡y todo el pueblo se contagiaría de esta vergüenza y se sublevaría contra la afrenta sufrida!

Pero de repente el soldado estiró el brazo —un brazo increíblemente largo—, alzó entre sus gruesos dedos, cuyas falanges estaban erizadas de pelos, la botella de ancho gollete, se la acercó y la olió.

Después la inclinó, abrió sus labios como de caucho, descubrió dos perfectas hileras de dientes fuertes y deslumbrantes, cada uno en su sitio exacto igual que las piezas de una máquina, y vi cómo la leche caía en las profundidades rosadas y relucientes de su amplia

garganta. La nuez del negro cloqueaba como un desagüe cuando chocan en él el agua y el aire. Por las dos comisuras de la boca, que daba la penosa sensación de ser una fruta demasiado madura estrangulada por un cordel, la leche grasienta se desbordaba, bajaba a lo largo del cuello, mojaba la camisa abierta, caía por el pecho y se inmovilizaba en la piel pegajosa con reflejos oscuros en forma de gotas viscosas como la resina que temblequeaban. Descubrí, en medio de la emoción que me reseca los labios, que la leche de cabra era un líquido extraordinariamente hermoso.

Ruidosamente, con un gesto brusco, el soldado negro devolvió la botella a la cesta. Ahora su vacilación del principio había desaparecido por completo. Hacía rodar entre sus enormes manos las bolas de arroz, que parecían minúsculos pastelillos; trituraba el pescado seco, incluidas las espinas, con sus mandíbulas de dientes deslumbrantes.

Pegado a la pared al lado de mi padre, me sentía lleno de admiración ante aquella poderosa masticación de la que no se me escapaba nada.

El soldado negro estaba absorto por la comida, y no prestaba la menor atención a nuestra presencia; yo podía estudiar, pese a los esfuerzos que hacía para acallar los ruidos de mi estómago, sí, estudiar (aunque con el pecho algo oprimido), la soberbia "presa" de los hombres de la aldea. ¡Sí, era realmente una "presa" soberbia!

Un casco de cabellos crespos cubría la estructura perfectamente diseñada del cráneo. A uno y otro lado caía una cascada de menudos rizos que, por encima de unas orejas puntiagudas como las de un lobo, adoptaban el color de una mecha chamuscada. La piel de la garganta y el pecho estaba como iluminada interiormente por una luz violácea, y cada vez que giraba su cuello grasiento y poderoso, formando profundos pliegues en la piel, yo no podía contener los latidos de mi corazón fascinado y hechizado. Y después estaba también el olor de su cuerpo, que lo impregnaba todo como un veneno corrosivo, imperioso y persistente como una náusea que te sube de repente a la garganta, un olor que me encendía los pómulos, que me llenaba de sensaciones semejantes a ramalazos de locura...

Mientras contemplaba al soldado negro y su voracidad de rapaz, mi pupila febril y lacrimosa, como si estuviera inflamada, metamorfoseaba los sencillos alimentos de la cesta en un suntuoso

y excesivamente rico festín exótico, con vinos de la mejor cosecha. Si hubiera dejado la más mínima migaja, con secreta voluptuosidad me habría apoderado de ella con mis dedos temblorosos y la habría engullido inmediatamente.

Pero el soldado negro no dejó nada e incluso rebañó con la yema del dedo el plato de las verduras guisadas.

Mi padre me dio un codazo en el costado. Como si despertara de un turbio y silencioso sueño, avancé hacia el cautivo lleno de cólera y de vergüenza y recogí la cesta. Protegido por el cañón de la escopeta de mi padre, di la espalda al soldado y comencé a subir la escalera cuando le oí toser, con una tos gruesa y grave. Tropecé en el escalón y a causa del pánico se me puso la carne de gallina.

En lo alto de la escalera del primer piso del almacén había un espejo de sombríos reflejos colgado torcido en el hueco de una viga. Lo que descubrí en su superficie débilmente iluminada mientras subía los escalones fue un pálido muchacho japonés absolutamente insignificante cuyo rostro se agitaba tembloroso y que se mordía los labios exangües.

Mis brazos colgaban inertes, me sentía a punto de llorar.

Tuve que hacer un esfuerzo para dominar una patética sensación de derrota; abrí de nuevo en nuestra habitación los postigos que alguien, no sabía cuándo, había cerrado.

Mi hermano estaba echado en el catre. Tenía la mirada brillante, febril y parecía agotado por el miedo.

—¿Has sido tú quien ha cerrado los postigos? —le pregunté adoptando una actitud arrogante destinada a ocultar el temblor de mis labios.

—Sí —dijo entornando los ojos, avergonzado de su cobardía—. ¿Qué pasa con la "presa"?

—Apesta —comenté, abrumado de repente por el cansancio.

Era cierto. Ya no sabía qué hacer con mis desgastados sentidos; el cuerpo me pesaba como una esponja empapada de agua, después del descenso a "la ciudad", de la cena del soldado negro, de toda aquella larga jornada de actividad ininterrumpida. Me quité la

camisa, que seguía constelada de briznas de hierba, de hojas secas y de bayas hirsutas, y me incliné para limpiarme los pies desnudos con una bayeta, dándole a entender ostensiblemente con estos gestos a mi hermano pequeño que no estaba de humor para contestar más preguntas.

Me miró con expresión hosca y preocupada. Me eché a su lado, cubriéndome hasta la barbilla con la manta que olía a sudor y a animal joven. Mi hermano se sentó sobre el trasero, con las rodillas juntas y apretadas contra mi espalda, y se limitó a observarme sin llevar más allá sus preguntas: exactamente igual que cuando me aquejaba la fiebre; por mi parte, también exactamente igual que cuando estaba enfermo y tenía fiebre, sólo aspiraba a una cosa: dormir.

Cuando desperté a la mañana siguiente, un poco más tarde de lo habitual me llegó el rumor de una agitación. Provenía de la plaza, junto al almacén. Mi padre y mi hermano habían salido. Dirigí a la pared una mirada todavía febril y descubrí que la escopeta no estaba en su sitio.

Después de prestar atención al tumulto exterior y comprobar una vez más que el arma no colgaba del gancho, noté que el corazón me daba saltos en el pecho. Salté del catre, cogí mi camisa al pasar y bajé la escalera corriendo.

La plaza estaba llena de gente. Mezclados con los adultos, los niños elevaban hacia ellos sus caritas sucias, tensas por la ansiedad.

Morro de Liebre y mi hermano estaban acurrucados al lado del tragaluz de la bodega.

—¡Esos gamberros estaban espiándole! —me dije airadamente, y me disponía a abalanzarme sobre ellos cuando vi a Chupatintas que, con la cabeza gacha y apoyado en la muleta, salía de la escalera de la bodega. Un terrible y sombrío abatimiento, así como una gran oleada de despecho, me invadieron por completo. Sin embargo, Chupatintas no iba seguido de una camilla con el cadáver del soldado negro.

Vi aparecer solamente a mi padre. Llevaba al hombro la escopeta con el cañón metido en la funda de tela, y charlaba a media voz con el jefe de la aldea. Lancé un suspiro, mientras un sudor ardiente

como agua hirviendo resbalaba por mis costados y el interior de los muslos.

—¡Ven a ver! —me gritó Morro de Liebre al ver que no me movía—. ¡Acércate!

Me coloqué a cuatro patas sobre los guijarros calientes y miré por el estrecho tragaluz abierto a ras del suelo. En el fondo de la tenebrosa bodega, el soldado negro yacía acurrucado en el suelo, exánime; parecía un animal apaleado que se hubiera desplomado como una masa inerte.

—¿Le han pegado? —le pregunté a Morro de Liebre mientras me incorporaba temblando de ira. ¿Le habían pegado teniendo los pies atados y sin poder dar un paso?

—¿Pegado? ¡Qué va!

Para acallar mi indignación, Morro de Liebre había adoptado una actitud agresiva, con una mueca amenazadora y la cara tensa.

—¿Le han pegado? —repetí la pregunta indignado.

—¡No, para nada! —dijo con aire pesaroso—. ¡Cuando han entrado, se han limitado a mirarle! ¡Nada más! El negro estaba como le ves ahora.

Mi irritación desapareció. Moví la cabeza vagamente. Mi hermano no me quitaba los ojos de encima.

—De modo que nada grave —dije a mi hermano.

Un chiquillo del pueblo trató de ponerse delante de mí para mirar por el tragaluz: Morro de Liebre le soltó un puntapié en los riñones que le hizo aullar de dolor. Morro de Liebre se había arrogado la potestad de conceder o no el derecho de mirar por el tragaluz, y montaba una cuidadosa guardia para impedir que nadie atentara contra esta prerrogativa.

Dejé allí a Morro de Liebre y a mi hermano, y me uní al círculo de adultos que rodeaba a Chupatintas y discutía con él. Como yo no era más que un chiquillo del pueblo con los mocos colgándole a la nariz, me ignoró olímpicamente y prosiguió su conversación, asestando un rudo golpe a mi amor propio y a mi amistad por él. Pero hay

circunstancias en las que no puedes permitirte un puntillo o un amor propio demasiado exigentes. Deslizando mi cabeza entre las caderas de los mayores, escuché la conversación que sostenía con el jefe de la aldea.

Chupatintas explicaba que ni el alcalde de "la ciudad" ni el comisario de policía estaban capacitados para decidir acerca de la suerte de un prisionero de guerra. El gobierno civil había sido informado, pero mientras no recibieran respuesta la aldea debía ocuparse de él; era su obligación absoluta. El jefe de la aldea intentaba plantear todo tipo de objeciones, repitiendo que el pueblo no disponía de medios suficientes para hospedar a un soldado negro prisionero de guerra; sin contar con que escoltar a un personaje tan peligroso por los caminos montañosos sería para los aldeanos, que sólo contaban con sus propias fuerzas, una tarea excesivamente ardua, ya que la interminable estación de las lluvias y las inundaciones lo habían complicado y dificultado todo... No sirvió de nada: ante el tono imperativo de Chupatintas —un tono de funcionario subalterno que se da importancia—, los pusilánimes aldeanos se doblegaron. Por mi parte, en cuanto me cercioré de que hasta que se precisaran las intenciones del gobierno civil el soldado negro seguiría confiado a la custodia de la aldea, me alejé del grupo de los mayores visiblemente perplejos y descontentos para correr a reunirme con Morro de Liebre y mi hermano, sentados en cuclillas delante del tragaluz como si poseyeran su monopolio. Me embargaba una sensación de inmenso alivio, de ansiedad cargada de esperanza y también de preocupación, pues me había contagiado de la de los adultos.

—¡Ya os había dicho que no le matarían! —exclamó triunfante Morro de Liebre—. ¡Cómo puede ser un negro nuestro enemigo!

—¡Además sería una pena! —exclamó alegremente mi hermano.

Después de lo cual los tres, con las frentes juntas, nos pusimos a mirar por el tragaluz. El hombre no se había movido, seguía echado en el suelo. Al ver que su respiración hinchaba poderosamente su pecho en un movimiento muy regular, lanzamos un suspiro de satisfacción.

Otros chiquillos se habían aventurado hasta el límite de nuestras suelas, y manifestaban su descontento con murmullos; Morro de Liebre no tardó en levantarse y, con sus insultos, les obligó a alejarse gritando.

Llegó un momento en que nos cansamos de mirar al soldado negro que seguía acostado en el suelo. No se trataba, sin embargo, de renunciar a nuestro sitio privilegiado: mediante la promesa de una compensación en dátiles, albaricoques, higos o palosantos, Morro de Liebre autorizó a los demás niños, uno a uno, a echar una breve mirada por el tragaluz. La sorpresa y la emoción bastaban para congestionarles hasta la nuca mientras contemplaban el interior de la bodega, y cuando se incorporaban, se limpiaban con la mano la barbilla negra de polvo.

Mientras el sol asaba su pequeño trasero y Morro de Liebre les instaba a que se dieran prisa, yo experimentaba un extraño placer, una sensación de insólita plenitud, de tónica exaltación observando cómo los chiquillos pegados a la pared del almacén se apasionaban por la primera auténtica experiencia de su vida. Morro de Liebre tumbó encima de sus rodillas desnudas a un perro de caza que se había escapado del grupo de las personas mayores y comenzó a despulgarlo.

Mientras aplastaba los bichos con sus uñas de color ámbar, reñía a los muchachos con una arrogancia insultante y les gritaba sus órdenes.

Nuestro jueguito prosiguió incluso después de que los hombres hubieran acompañado a Chupatintas hasta el camino de la montaña.

De vez en cuando, pese a las amargas protestas que brotaban a nuestras espaldas, mirábamos largamente el interior de la bodega. Pero el soldado negro seguía echado en el suelo, tendido sin hacer el menor movimiento como si hubiera recibido una brutal paliza. ¡Se diría que la mirada de las personas mayores había bastado para herirle!

Aquella misma noche, con mi padre armado con su escopeta, bajé por segunda vez a la bodega, esta vez con una pesada marmita de hierro que contenía un estofado de arroz con verduras. El soldado negro alzó hacia nosotros sus ojos, cuyos párpados estaban ribeteados por una capa de legañas amarillas, hundió directamente en la marmita ardiente sus dedos erizados de pelos y comenzó a devorar con fruición.

Ahora era capaz de mirarle con tranquilidad; mi padre ya no apuntaba con su arma al prisionero: apoyado en la pared, incluso parecía aburrirse.

A fuerza de contemplar el temblor del grueso cuello del soldado negro encima de la marmita, la tensión repentina y el relajamiento de sus músculos, acabé por verle, dada su mansedumbre, como a una especie de animal tierno y dócil. Al levantar los ojos hacia el tragaluz, descubrí a Morro de Liebre y a mi hermano: nos miraban reteniendo el aliento. Dirigí una sonrisa fugaz y maliciosa a sus pupilas que brillaban con un resplandor sombrío. Me estaba acostumbrando al soldado negro y eso me llenaba de orgullo y hacía nacer en mi interior los gérmenes de una alegría realmente exultante. Pero cuando el soldado negro se irguió como un resorte, en un gesto que hizo sonar duramente la cadena de la trampa que lo trababa, de nuevo el miedo se apoderó de mí, a la vez que se erizaba cada centímetro de mi piel.

A partir de aquel día, escoltado por mi padre, que ya no se tomaba el trabajo de apuntar a la "presa", tuve el privilegio exclusivo de llevar al soldado negro, dos veces al día, mañana y noche, su alimento.

Cuando, muy temprano por la mañana, o al caer la tarde, mi padre y yo aparecíamos por el lado del almacén con el cesto de las vituallas al brazo, los chiquillos al acecho en la plaza lanzaban a coro profundos suspiros que subían al cielo y allí se diluían como una nube. Igual que un profesional que ha perdido todo interés por las tareas de su especialidad pero que, en el momento de realizarlas, las cumple con idéntica y minuciosa escrupulosidad, yo cruzaba la plaza con expresión grave, sin una mirada para los demás niños. Mi hermano y Morro de Liebre me rodeaban y me acompañaban hasta la entrada de la bodega, de lo que estaban muy satisfechos; después, en cuanto mi padre y yo comenzábamos a bajar las escaleras, corrían velozmente a recuperar su puesto de observación delante del tragaluz. Aunque hubiera llegado a hartarme de bajarle sus comidas al soldado negro, habría seguido desempañando dicha tarea sólo por la satisfacción de captar, mientras recorría mi camino, los suspiros de devoradora envidia que resonaban a mi espalda procedentes de los demás niños, incluido Morro de Liebre, y que en ocasiones se convertían en murmullos de descontento.

Pedí, sin embargo, a mi padre que concediera a Morro de Liebre la autorización especial de bajar a la bodega una vez por día, sólo una, por la tarde. Accedió a ello. Mi petición no tenía más motivo que el deseo de compartir con Morro de Liebre una obligación que se había vuelto excesivamente pesada para mis solas fuerzas. Habían colocado en un rincón, cerca de uno de los postes que sostenían el techo, un viejo barrilete, para que el prisionero hiciera sus

necesidades. Cada tarde, Morro de Liebre y yo levantábamos con infinitas precauciones, por la gruesa cuerda que lo atravesaba, el barrilete en cuestión, subíamos la escalera y vaciábamos, con un rumor de cascada, la densa y nauseabunda mezcla de deyecciones y de orina en el vertedero comunal.

Además, Morro de Liebre desempeñaba su trabajo con un ardor desmesurado: más de una vez, antes de vaciar el recipiente en la gran cuba que se hallaba al borde del vertedero, removía su contenido con un palo y hacía comentarios sobre la digestión del soldado negro, más concretamente sobre el aspecto de su diarrea, decretando, por ejemplo, que se debía a los granos de maíz contenidos en los guisos.

Cuando bajábamos a la bodega con Morro de Liebre para tomar posesión del objeto, hallábamos a veces al prisionero —con el pantalón en los tobillos y las nalgas negras y relucientes proyectadas hacia atrás— a horcajadas sobre el barrilete en la posición poco más o menos de un perro practicando la cópula. Entonces esperábamos un poco —no había más remedio— detrás de él. En aquellos momentos, Morro de Liebre, presa de asombro y de respetuoso temor, con la mirada como perdida en un sueño y el oído atento al leve ruido de la cadena que unía, de una parte a otra del recipiente, los pies del soldado negro, me agarraba violentamente el brazo.

El prisionero acabó por convertirse en algo que llenaba por completo la vida cotidiana de los niños de la aldea, en la única y exclusiva preocupación de los chiquillos que ocupaba cada minuto, cada segundo, de nuestra existencia. Era como una enfermedad contagiosa que nos contaminó sucesivamente a todos. Pero los adultos, en cambio, eran inmunes al contagio, tenían otras cosas de que ocuparse; no tenían tiempo para estarse de brazos cruzados esperando las instrucciones del ayuntamiento, que, además, no acababan de llegar nunca. Y cuando mi padre, por su parte, a quien tocaba la misión de vigilar al prisionero, volvió a cazar, el acceso al soldado negro encerrado en la bodega dejó de estar restringido.

Durante el día, Morro de Liebre, mi hermano y yo adoptamos la costumbre de permanecer encerrados en la bodega donde estaba agazapado el soldado negro. Al comienzo nos costó grandes temblores de corazón la idea de infringir la regla; pero muy rápidamente, con la ayuda de la costumbre, empezamos a hacerlo con la mayor serenidad:

¿acaso, a partir de un determinado momento, no habíamos asumido la responsabilidad de guardar al prisionero ya que los hombres trabajaban en la montaña o en el valle y no quedaba ni uno en el pueblo?

Morro de Liebre y mi hermano habían abandonado el tragaluz, ofrecido ahora a los chicos de la aldea. Allí se sucedían, de bruces sobre el suelo polvoriento y ardiente, con la garganta reseca por la envidia, observándonos a nosotros tres acucillados alrededor del prisionero. ¿A alguno de ellos se le ocurría casualmente, bajo el peso de los celos, olvidar sus deberes e insinuar el gesto de seguirnos a la bodega? Como premio a su rebelión, Morro de Liebre le soltaba una buena paliza que le dejaba tendido en el suelo y con la nariz sangrando.

Ahora nosotros sólo teníamos que llevar el "barrilete del soldado negro" hasta la parte superior de la escalera, ya que la tarea de transportarlo hasta el vertedero, en medio de un calor tórrido, sufriendo además el suplicio de su hedor, había sido confiada a los demás niños.

Aquellos que benévolamente habíamos designado para ello acarreaban, con la cara risueña, el barrilete en línea recta hasta el vertedero procurando que no se derramara durante el camino ni una sola gota de aquella mixtura amarillenta que, a sus ojos, no tenía precio. Y cada mañana toda la gente menuda de la aldea, incluidos nosotros, dirigía sus miradas hacia el sendero que, del camino de la montaña, descendía por los bosques, rogando al cielo que no apareciera Chupatintas como portador de las temidas instrucciones.

La cadena que rodeaba los tobillos del soldado negro lesionó su piel, provocando una inflamación. La sangre brotó de la herida, las gotas cayeron sobre el peine, donde se condensaron y se mezclaron con las briznas de hierba secas. Aquella epidermis herida, inflamada, de tono rosáceo, nos preocupaba. Cuando el soldado negro se sentaba a horcajadas sobre el barrilete, el dolor era tan vivo que, para dominarlo, mostraba todos sus dientes como un niño que ríe. Después de habernos mirado los tres a los ojos, nos pusimos de acuerdo y tomamos la decisión de quitar la cadena de los pies del prisionero. El hombre, como un animal embrutecido, con la mirada constantemente empañada por las lágrimas o alguna mucosidad —no lo sabíamos exactamente— y los brazos en torno a las rodillas, permanecía continuamente acurrucado en el suelo de la

bodega, sin decir jamás una palabra: ¿qué daño podría hacernos si le quitábamos las cadenas? Sólo era un "animal negro".

Fui a buscar la llave de la trampa para jabalíes a la caja de herramientas de mi padre. Morro de Liebre le agarró decididamente y se agachó tanto que su hombro tocaba las rodillas del soldado. Tan pronto como estuvo liberado de sus trabas, el soldado negro se irguió bruscamente lanzando una especie de gruñido y comenzó a golpear el suelo con los pies. Morro de Liebre, llorando de miedo, arrojó la trampa contra la pared y subió de dos en dos las escaleras visiblemente perturbado, mientras mi hermano y yo, incapaces incluso de levantarnos, nos limitamos a abrazarnos estrechamente; había resucitado tan brutalmente en nosotros el terror al soldado negro que casi no podíamos respirar. Sin embargo, el hombre no se precipitó sobre nosotros como un águila; en lugar de ello, volvió a sentarse, rodeó con sus brazos las largas piernas y contempló con una mirada apagada y velada por las lágrimas o por alguna mucosidad la trampa para jabalíes que yacía al pie de la pared. Cuando Morro de Liebre regresó, avergonzado y confuso, mi hermano y yo le acogimos con sonrisas amables. El soldado negro era como un animal doméstico, la mansedumbre personificada...

A última hora de aquel día, cuando mi padre vino a colocar el enorme candado de la trampa, descubrió que el prisionero ya no tenía sus ataduras. La angustia me abrasaba el corazón; sin embargo, no me hizo ningún reproche. Tan manso como un animal doméstico... La idea estaba abriéndose paso, igual que el aire, hasta los pulmones de la gente del pueblo, niños y adultos, y se diluía en ellos.

A la mañana siguiente, Morro de Liebre, mi hermano y yo le bajamos al soldado negro su almuerzo. Tenía la trampa para jabalíes en las rodillas y la estaba manoseando. Al arrojarla violentamente contra la pared, Morro de Liebre había roto el mecanismo de cierre de los dientes. El soldado negro examinaba la parte estropeada con la misma pericia y la misma seguridad de experto que el hombre que subía todas las primaveras a la aldea para reparar las trampas. Después levantó de repente su frente con reflejos oscuros, fijó su mirada en mí y me dio a entender con gestos lo que necesitaba. Mi mirada se cruzó con la de Morro de Liebre porque me sentía incapaz de reprimir la alegría que borraba cualquier huella de tensión en mi rostro. ¡El soldado negro se comunicaba con nosotros! ¡Como cualquier animal domesticado, el soldado negro se ponía en contacto con nosotros!

Corrimos hasta la casa del jefe de la aldea, cogimos la caja de herramientas comunal, que estaba en la entrada, y, cargándola a hombros, la llevamos a la bodega. La caja estaba llena de herramientas que habrían podido ser utilizadas como armas; no dudamos, sin embargo, en entregársela al soldado negro. No podíamos concebir que aquel soldado negro manso como uno de nuestros animales domésticos hubiera sido anteriormente un enemigo que nos hacía la guerra; rechazábamos como insensata una idea semejante. El prisionero contempló la caja y nos miró; temblábamos de alegría y la excitación nos hacía hervir la sangre.

—Parece un ser humano —me dijo Morro de Liebre en voz baja.

Yo estaba exultante; me sentía tan dichoso que me desternillaba de risa dando pellizcos en el trasero de mi hermano. Del tragaluz cayeron sobre nosotros como una capa de niebla los suspiros de admiración de nuestros compañeros.

Nos llevamos la cesta del desayuno del prisionero y, después de desayunar nosotros, regresamos a la bodega. El soldado negro había sacado de la caja de herramientas una llave inglesa y un pequeño martillo que había dejado en el suelo, perfectamente ordenados, sobre una tela de arpillera. Nos sentamos en cuclillas a su lado y nos miró, con la cara relajada, descubriendo sus fuertes dientes que ahora amarilleaban a causa de la suciedad; entonces tuvimos la revelación brutal de que un soldado negro también podía sonreír, y tomamos conciencia de que entre él y nosotros, de golpe, acababan de establecerse unos vínculos sólidos, profundos y casi "humanos".

La tarde estaba muy avanzada cuando la criada del herrero vino a buscar a Morro de Liebre con gritos e insultos. Comenzaban a dolernos los riñones por el largo rato que llevábamos sentados; pero el soldado negro, por su parte, con los dedos sucios de polvo y de grasa, comprobaba una y otra vez, produciendo en cada ocasión un ruidito metálico, el buen funcionamiento del resorte que cerraba los dientes de la trampa para jabalíes.

Yo no me cansaba de mirar tanto las palmas rosadas de sus manos, en las que la presión de los bordes de los dientes de la trampa dejaba unas leves marcas, como el trazado zigzagueante de los regueros de mugre grasienta en su cuello grueso y empapado de sudor. Eso me provocaba una náusea que no tenía nada de desagradable, una ligerísima repulsión que tenía algo que ver con el

deseo. Hinchando sus mejillas como si canturreara algo dentro de su vasta cavidad bucal, el hombre estaba enteramente entregado a su trabajo. Mi hermano, con los codos apoyados en mis rodillas y la mirada brillante de admiración, no perdía detalle del juego de los dedos del soldado negro. Un enjambre de moscas revoloteaba alrededor de nosotros; su zumbido se mezclaba con el aire sofocante, y ese encabalgamiento sonoro resonaba en lo más recóndito de mi oído.

Cuando los dientes de la trampa para jabalíes se cerraron sobre un haz de gruesas cuerdas de paja haciendo, esta vez, un chasquido firme y seco, el soldado negro depositó cuidadosamente el artefacto en el suelo y nos sonrió con sus ojos aceitosos. Las gotas de sudor corrían temblorosas sobre su frente negra y reluciente. Le devolvimos la sonrisa. Durante largo rato, a decir verdad, contemplamos su mirada llena de simpatía, sonriéndole como sonreíamos a las cabras o a los perros de caza. El calor nos sofocaba. Hundidos hasta el cuello en aquella atmósfera de invernadero, como si el común deleite que nos procuraba constituyera un vínculo entre el prisionero y nosotros, no cesábamos de sonreírnos...

Una mañana trajeron a la aldea a Chupatintas lleno de barro y con la barbilla ensangrentada: se había despeñado desde lo alto de una escarpadura en medio del bosque, y un aldeano, al ir a trabajar a la montaña, le había encontrado por el camino en aquel estado, incapaz de dar un paso, y le había ayudado. En casa del jefe de la aldea, donde le habían hecho una primera cura, Chupatintas, absolutamente desconcertado, no quitaba la vista de su pierna artificial, en la que el metal retorcido bloqueaba el cuero espeso y resistente, haciendo imposible colocarla correctamente en su sitio. En cuanto a las instrucciones de "la ciudad", Chupatintas no parecía tener prisa por comunicárnoslas, con gran irritación de los hombres de la aldea. Por nuestra parte, convencidos como estábamos de que había venido a buscar al prisionero, habríamos preferido que no le hubieran encontrado al pie de la roca y que hubiera muerto allí de hambre. En realidad, sólo había subido para explicar que seguían esperando las instrucciones del gobierno civil. Nuestra alegría, nuestro entusiasmo, así como nuestra simpatía hacia Chupatintas, resurgieron; regresamos a la bodega con su pierna artificial y la caja de herramientas.

Tumbado en el suelo húmedo de la bodega, el soldado negro canturreaba a media voz; su canto nos sobrecogió extrañamente;

era un canto lleno de sollozos y de gritos sofocados que estuvo a punto de estremecernos. Le enseñamos la pierna artificial. Se levantó y la examinó por un momento, entregándose después decididamente a la tarea. Un estallido de alegría nos llegó del tragaluz, donde los niños seguían observando; Morro de Liebre, mi hermano y yo reíamos a mandíbula batiente.

Por la noche, cuando Chupatintas entró en la bodega, la pierna estaba completamente reparada; y cuando, después de ajustarla a su muñón, se levantó, lanzamos de nuevo grandes gritos de alegría.

Chupatintas subió la escalera a brincos y salió a la plaza para probar el aparato. Hicimos levantar al soldado negro tirándole de los brazos y, sin titubear un segundo, como si se tratara de una vieja costumbre, le arrastramos a la plaza.

Era la primera vez después de su captura que el soldado negro se encontraba al aire libre; aspiró ávidamente, por sus anchos orificios nasales, el aire deliciosamente fresco y ligero de aquel crepúsculo otoñal, y miró con una atención apasionada a Chupatintas probando su pierna: todo iba a las mil maravillas. Chupatintas regresó corriendo, sacó del bolsillo un cigarrillo de hojas de persicaria — aquellos cigarrillos bastante deformes que huelen poco menos que a hierba quemada y cuyo humo, cuando te alcanza los ojos, escuece horriblemente—, lo encendió y se lo ofreció al coloso soldado negro. Cuando éste sacó una bocanada de humo, tuvo un acceso de tos atroz y se dobló en dos cogiéndose la garganta. Chupatintas, contraído, mostró una sonrisa tristonca, pero nosotros, los niños, nos retorcíamos de risa.

El soldado negro se incorporó y se secó las lágrimas con su mano inmensa; después sacó de su pantalón de apretada lona, a la altura de sus prodigiosas caderas, una pipa negra y brillante, y se la ofreció a Chupatintas, que aceptó el regalo, el soldado negro movió la cabeza satisfecho; los rayos del sol poniente los bañaban con una luz púrpura.

Comenzamos a gritar hasta que nos dolió la garganta, riéndonos como locos y armando un gran alboroto a su alrededor.

A partir de entonces sacamos frecuentemente al cautivo de su bodega para que diera un paseo por la calle. Los adultos no nos dijeron nada. ¿Iban a su encuentro cuando el corro de chiquillos danzaba a su alrededor? Se limitaban a desviar la mirada y a

alejarse unos pasos, como cuando se metían en los arbustos al cruzarse con el toro semental de la aldea.

Aunque los niños, retenidos por sus padres para trabajar en casa, no pudieran visitar al soldado negro en su residencia subterránea, nadie, pequeño o mayor, se asustaba ya de encontrarle echando una cabezadita en la plaza, a la sombra de un árbol, o pasando lentamente por la calle. Al igual que los perros, los niños y los árboles, ahora formaba parte de la vida de la aldea.

Los días en que, al alba, mi padre volvía llevando en el cinturón una larga, estrecha y sencilla trampa fabricada con unos listones de madera claveteados y en la que se debatía una rolliza comadreja con el cuerpo increíblemente largo, mi hermano y yo teníamos que pasarnos toda la mañana en la bodega para ayudarle a despellejar el animal.

En esas ocasiones deseábamos con todo nuestro corazón que el soldado negro viniera a mirarnos mientras trabajábamos. Cuando eso ocurría, se arrodillaba reteniendo el aliento, a uno u otro lado de mi padre, que sostenía firmemente en la mano el cuchillo de carnicero con el mango ensangrentado y la hoja embadurnada de grasa. Entonces deseábamos fervientemente, en honor del espectador, que la operación provocara la muerte rápida y definitiva de la astuta comadreja que se debatía y revelara así la destreza de la mano de mi padre. En un momento en que la desesperada bestia tenía el cuello roto —¿suprema malicia de un ser en el trance de morir?—, despedía un hedor atroz; y cuando, abierta por la hoja sin brillo con un leve rumor de desgarramiento, caía la piel, ya sólo quedaba, yacente, un innoble cuerpecillo desollado, un amasijo de carnes, prisionero de una envoltura con reflejos gris perla. Prestando mucha atención a que las tripas no cayeran, mi hermano y yo íbamos a arrojarlo todo al vertedero comunal, y cuando regresábamos, limpiándonos los dedos manchados en las anchas hojas de los árboles, la piel de la comadreja ya estaba clavada, mostrando su cara interior, en una tabla, y las membranas grasientas y los finos vasos sanguíneos relucían al sol. El soldado negro, con los labios apretados, soltaba una especie de gorjeo de pájaro observando a mi padre que, para facilitar el secado, extraía la grasa de todos los pliegues frotando la piel con sus gruesos dedos. Y una vez que la piel, clavada en el tabique, se secaba y endurecía hasta adquirir la consistencia del cuero, y el soldado negro, fascinado por la red de marcas rojizas, que sugería un mapa de ferrocarriles, ponía cara de admiración, mi hermano y yo nos derretíamos de orgullo por

tener un padre dotado de semejante maestría. A veces mi padre, entre dos pulverizaciones de agua sobre la piel, dirigía una mirada amistosa al soldado negro. En aquellos momentos, los cuatro formábamos una única familia, cristalizada alrededor de la maestría de mi padre para curtir las pieles.

Al soldado negro también le gustaba ver cómo trabajaba el herrero en su forja. Nosotros le acompañábamos, especialmente cuando Morro de Liebre, desnudo hasta medio cuerpo y con el busto iluminado por la llama, ayudaba a confeccionar una azada. Cada vez que el herrero, con las manos tiznadas por la ceniza del carbón vegetal, agarraba y levantaba un pedazo de hierro al rojo vivo para arrojarlo al agua, el soldado negro soltaba un grito de admiración parecido a un alarido, mientras que nosotros aplaudíamos ruidosamente. El herrero se llenaba de orgullo y repetía el peligroso ejercicio, para demostrar su pericia.

Al final, también las mujeres dejaron de asustarse del soldado negro, y a veces le daban ellas la comida.

Estábamos en el corazón del verano y las instrucciones gubernamentales seguían sin llegar. Se difundió el rumor de que la ciudad donde estaba el gobierno civil había sido bombardeada e incendiada; pero el efecto que la noticia produjo sobre nuestra aldea fue completamente nulo. De la mañana a la noche, la atmósfera en suspenso encima de nuestro pueblo era más ardiente que las llamas que podían abrasar una ciudad. Cuando nos sentábamos alrededor del soldado negro en la bodega, por la que no corría ni una pizca de aire, un mareante olor a grasa corrompida, un hedor semejante al de los despojos de comadreja pudriéndose en el vertedero comunal, lo impregnaba todo. Nosotros nos lo tomábamos a broma hasta que llorábamos de risa; pero cuando el soldado negro comenzaba a sudar, el olor era tan insoportable que permanecer a su lado era superior a nuestras fuerzas.

Una tarde de canícula, Morro de Liebre propuso llevar al soldado negro al manantial que alimentaba la fuente de la aldea. Aunque consternados porque la idea no se nos había ocurrido antes, no por ello vacilamos en subir la escalera tirando de la mano del soldado negro, una mano pegajosa de mugre. Los niños agrupados en la plaza nos vitorearon y rodearon mientras nosotros corríamos por el camino abrasado por el sol.

Una vez desnudos como una bandada de pajarillos, despojamos al soldado negro de sus ropas y saltamos todos juntos al estanque, salpicándonos unos a otros y lanzando gritos. La nueva idea nos encantaba. El soldado negro era tan alto que, aunque se metiera en el punto más profundo del estanque, el agua sólo le llegaba a la cintura.

Cada vez que jugábamos a salpicarle, lanzaba un grito de pollo degollado, hundía la cabeza bajo el agua y permanecía así hasta que por fin aparecía escupiendo agua con un aullido triunfal. Chorreando y reflejando los rayos violentos del sol, el soldado negro, en su desnudez, era tan deslumbrante como el pelaje de un caballo negro; era de una belleza inigualable. Con un alboroto infernal, nos peleábamos salpicándonos en medio de un gran griterío; después de pronto, las chiquillas, que en un principio habían permanecido agrupadas debajo de los castaños que rodeaban el estanque, corrieron a su vez a sumergir en el agua su delgada desnudez. Morro de Liebre atrapó a una de ellas de pasada y comenzó su obscuro ritual. Llevamos al soldado negro al lugar más adecuado para ver perfectamente a Morro de Liebre mientras se entregaba a su diversión. El sol arrojaba un calor tórrido sobre la firme masa de nuestros cuerpos; como en efervescencia, el agua burbujeaba y despedía destellos. Morro de Liebre, risueño y acalorado, lanzaba un grito cada vez que soltaba una sonora palmada en las nalgas de la chiquilla, brillantes de gotas de agua; y nosotros reíamos ruidosamente, mientras la chiquilla lloraba.

Y de aquí que, de repente, hicimos un descubrimiento: el soldado negro tenía su miembro increíblemente soberbio, imponente, heroico y grandioso. Nos agrupamos a su alrededor, empujándonos con las caderas desnudas, aclamándole a coro; el soldado negro, por su parte, agarrando con ambas manos su miembro, se enderezó con la impetuosa audacia de un macho cabrío en celo y lanzó una especie de balido.

Nos reíamos hasta que se nos saltaron las lágrimas mientras salpicábamos de agua su miembro. Morro de Liebre, que seguía desnudo como un gusano, corrió lo más aprisa que pudo al patio del colmado y trajo de él una vieja y enorme cabra, siendo acogido por esa ingeniosa idea con ruidosas aclamaciones. El soldado negro, gritando como un poseso —se le veía la mucosa rosada de la garganta—, salió del estanque y trató de montar a la cabra, que balaba asustada. Nos reíamos como dementes mientras Morro de Liebre sostenía con todas sus fuerzas la cabeza del animal y el

soldado negro, cuyo miembro brillaba al sol con un resplandor oscuro, se entregaba a un combate desesperado, porque las cosas no eran tan fáciles para él como lo son para un macho cabrío.

Nos reímos hasta el punto de que ya no nos sosteníamos sobre nuestras piernas, y acabamos por caer al suelo, agotados. Tan agotados que en nuestros maleables cerebros se insinuó la melancolía. Aquel soldado negro era para nosotros una especie de magnífico animal doméstico, una bestia genial. Pero ¿cómo podría dar una idea de la adoración que sentíamos por él, de los rayos del sol sobre nuestra piel brillante de agua en aquella tarde de un verano resplandeciente y ya lejano, de las sombras densas sobre las losas de piedra, del olor de nuestros cuerpos y del cuerpo del soldado negro, de las voces roncadas de alegría? ¿Cómo explicar la plenitud, y el ritmo, de todo aquello?

Teníamos la sensación de que el verano que mostraba de aquel modo su poderosa musculatura, con un resplandor deslumbrante, el verano que, al igual que un pozo de petróleo que nos embadurnara de un pesado líquido negro, hacía manar un repentino surtidor de inacabable alegría, sería un verano que duraría eternamente, que no acabaría jamás.

En el atardecer que siguió a nuestro baño a la antigua, un auténtico diluvio envolvió el valle en una nube de bruma y no dejó de caer hasta bien entrada la noche. A la mañana siguiente, con mi hermano y Morro de Liebre, le llevé su comida al soldado negro; nos pegamos a la pared del almacén para evitar la lluvia que seguía cayendo. En cuanto se comió su almuerzo, el soldado negro, con los brazos alrededor de las rodillas, cantó quedamente una canción en el fondo de la oscura bodega. Mientras recibíamos en los dedos estirados las salpicaduras de lluvia que nos llegaban por el tragaluz, nos sentíamos arrebatados por aquella voz grave y solemne como el oleaje del mar, que se propagaba poco a poco. Cuando el canto cesó, la lluvia ya no salpicaba por el tragaluz; cogimos del brazo al soldado negro, que seguía sonriendo, y le llevamos a la plaza. En un abrir y cerrar de ojos la niebla desapareció y el cielo se despejó encima del valle; las hojas, llenas de agua, habían aumentado de peso y de volumen como polluelos. A cada golpe de viento, los árboles, sacudidos por menudos estremecimientos, soltaban gotas de lluvia; eso producía minúsculos y fugaces arcos iris que excitaban a las cigarras. En medio del calor renaciente y del huracán sonoro de las cigarras, nos sentamos en el umbral de piedra, a la entrada

de la bodega, y allí, durante largo tiempo, nos llenamos los pulmones de un aire que olía a corteza mojada.

Por la tarde, Chupatintas, protegiéndose de la lluvia con un impermeable, apareció en el camino, a la salida del bosque, y, nada más llegar, se metió en la casa del jefe de la aldea. Nosotros seguimos sentados en la misma postura hasta que él desapareció en el interior de la casa. Nos levantamos y, apoyados en el tronco de un viejo albaricoquero que todavía chorreaba, esperamos para saludar agitando los brazos cuando Chupatintas saliera de la sombra del vestíbulo de la casa. Pero no reapareció. En lugar de eso comenzó a sonar la campana de alarma instalada en el tejado de la cochera del jefe de la aldea: convocaba urgentemente a los hombres que estaban trabajando en el valle o en los bosques. De las casas todavía empapadas de lluvia, mujeres y niños salieron a la calle. Cuando me volví hacia el soldado negro, descubrí que toda huella de sonrisa había desaparecido de su rostro con reflejos oscuros, la preocupación que había surgido en mí me devoró el corazón. Abandonando allí mismo al soldado negro, corrí con mi hermano y Morro de Liebre hasta el umbral de la casa del jefe de la aldea.

Chupatintas estaba de pie, inmóvil y silencioso, sobre la doma. El jefe de la aldea no nos prestó la menor atención: sentado en cuclillas, delante de Chupatintas, estaba sumido en sus reflexiones. Mientras aguardábamos la llegada de todos los hombres del pueblo, hacíamos lo que podíamos para soportar con paciencia una espera cuya inutilidad presentíamos. Poco a poco, de los campos del valle y del bosque llegaron los hombres, en ropa de trabajo, y con expresión de descontento; mi padre también regresó, y cruzó la puerta con un racimo de pajaritos colgado del cañón de la escopeta.

Ya en el comienzo de la reunión, Chupatintas asestó un mazazo a los niños al explicar, en el dialecto de la región, que el soldado negro tenía que ser trasladado a la capital de la provincia. Añadió que, contrariamente a las intenciones de un principio, según las cuales el ejército tenía que venir a hacerse cargo del prisionero —debidas, probablemente, a un malentendido y al desorden que reinaba entre los militares—, le correspondía a la aldea llevarlo escoltado hasta "la ciudad"; éstas eran las órdenes. Para los mayores, eso no significaba más disgusto que la molestia de acompañar al soldado negro; pero, para nosotros los niños, la noticia fue un duro golpe y nos hundió en la más profunda desesperación. Una vez desapareciera el soldado negro, ¿qué nos quedaría en la aldea? El verano, sin su presencia, sólo sería una concha vacía.

Tenía que avisar al soldado negro. Deslizándome entre los mayores, regresé corriendo a la plaza, delante del almacén, al lugar donde se había quedado sentado. Levantó lentamente hacia mí sus ojos saltones y apagados mientras, de pie ante él, yo recuperaba el aliento. Pero cómo podía transmitirle nada. Me sentía incapaz. Bajo el peso de la pena y de la cólera, no podía hacer más que mirarle. Con los brazos siempre alrededor de las rodillas, se esforzaba en leer algo en el fondo de mis ojos. Sus gruesos labios hinchados como el vientre grávido de un pez de agua dulce estaban entornados; una saliva blanca y brillante aparecía en sus encías. Al volverme, vi a los hombres, guiados por Chupatintas, abandonar la morada del jefe de la aldea, encaminarse al almacén y acercarse a nosotros.

Sacudí por el hombro al soldado negro, que seguía sentado, y le grité algo en nuestro dialecto. Me sentía tan nervioso que tenía la impresión de hallarme al borde del desmayo. ¿Qué podía hacer? El soldado negro dejaba que le zarandeara sin decir nada, limitándose a dejar oscilar a derecha e izquierda su grueso cuello. Agaché la cabeza y solté su hombro.

Bruscamente se incorporó, dominándome con toda su estatura como un árbol, me cogió del brazo, me apretó contra su pecho y, arrastrándome con él, se dirigió a la escalera de la bodega. Allí, tardé un momento en recuperarme del sobrecogimiento, fascinado como estaba por la contracción de los glúteos y el endurecimiento de los muslos en movimiento del soldado negro, que se desplazaba de un lado a otro con una vivacidad extraordinaria. Hizo caer la trampilla y, con la cadena de trampa para jabalíes que había reparado, la cual seguía colgada allí, amarró el tope que sobresalía de la pared a la argolla que colgaba hacia el interior y en sentido diametralmente opuesto a la pieza de hierro que sostenía por fuera el cerrojo. Después bajó la escalera, con los dedos de ambas manos estrechamente entrelazados y agachando la cabeza. Entonces, ante aquellos ojos inexpresivos, que las legañas y la sangre parecían obturar de barro, adquirí repentinamente conciencia de que se había convertido en algo venenoso y temible, en un animal salvaje incapaz de cualquier entendimiento, como cuando los hombres le habían capturado y traído. Alcé los ojos hacia el gigante negro, miré el artefacto que bloqueaba la trampilla y contemplé mis minúsculos pies descalzos. El pánico y la consternación invadieron el fondo de mis entrañas como un maremoto. Me aparté de un salto y pegué la espalda a la pared. El soldado negro, con la cabeza siempre gacha,

seguía de pie en el centro de la bodega. Yo me mordía los labios esforzándome en reprimir el temblor que recorría mis piernas.

Ahora los hombres de la aldea estaban encima de la trampilla.

Suavemente al principio, y después con energía, con un estruendo que recordaba los chillidos de aves de corral perseguidas, comenzaron a sacudir la trampilla por la argolla para aflojar la pesada cadena de la trampa para jabalíes. Pero la gruesa trampilla de roble que había sido tan inútil para encerrar al prisionero y despreocupar a la gente, jugaba ahora en favor del soldado negro: aldeanos, niños, árboles, el propio valle, todo quedaba relegado al exterior.

Personas corrían a echar miradas furtivas por el tragaluz, inmediatamente sustituidas por otras en un duro entrechocar de cabezas.

Descubrí un rápido y repentino cambio en el comportamiento de los que estaban arriba. Al principio se oían gritos; después se hizo el silencio y un amenazador cañón de escopeta apareció en el tragaluz.

Con una agilidad felina, el soldado negro saltó hacia mí y me agarró brutalmente contra su cuerpo para protegerse de los disparos. Fue entonces cuando, retorciéndome de dolor y gimiendo en sus brazos, descubrí toda la espantosa verdad: yo era su prisionero, era un rehén.

Él había vuelto a ser "el enemigo", y eran los de mi bando quienes montaban arriba aquel alboroto. La cólera, la humillación, el dolor irritante de haber sido traicionado, me asaltaron como una llama que se propaga, dejándome quemaduras en el cuerpo. Pero, más que nada, el miedo que me invadía en densas volutas me bloqueaba la garganta y me hacía sollozar. Entre los forzudos brazos del soldado negro, yo lloraba, loco de cólera, ardientes lágrimas. ¡Me había convertido en su prisionero...!

El cañón del fusil había sido retirado del tragaluz mientras el estruendo iba en aumento y, fuera, comenzaba una larga discusión. Sin aflojar su presión tan brutal que me había entumecido los brazos, el soldado negro se dirigió de repente a una esquina de la bodega donde no corría peligro de ser alcanzado por un disparo y se sentó en silencio.

Me arrastró a su lado y, como en la época en que éramos amigos, me arrodillé en la zona impregnada por el fuerte olor de su cuerpo. La discusión de la gente de la aldea se prolongó un buen rato. De vez en cuando mi padre echaba una mirada por el tragaluz y dirigía una leve señal a su hijo secuestrado; en cada ocasión yo me echaba a llorar.

Dentro de la bodega al principio, y después al otro lado del tragaluz, cayó la oscuridad, cubriéndolo todo como una pleamar. Cuando se hizo de noche, los mayores, poco a poco, regresaron a sus casas después de dirigirme unas palabras de aliento. Mucho tiempo después de su desaparición, seguí oyendo los pasos de mi padre que pasaba una y otra vez por delante del tragaluz; después, bruscamente, se esfumó cualquier indicio de presencia humana arriba. Con total soberanía, la noche reinó en la bodega.

El soldado negro soltó mi brazo, y, como si sintiera un peso en el pecho por el recuerdo de la cálida camaradería que habíamos vivido hasta aquella mañana, comenzó a buscar mi mirada. Temblando de rabia, esquivé la suya y, hasta el momento en que me dio la espalda para hundir la cabeza entre sus rodillas, seguí obstinadamente con la cabeza inclinada sin dejar de mirar el suelo. Estaba solo, tan abandonado como una comadreja pillada en una trampa, y sentirme reducido a mis únicas fuerzas me precipitaba en un abismo de desesperación. En la oscuridad, el soldado negro permanecía inmóvil.

Me levanté, trepé por la escalera y toqué la trampa para jabalíes; estaba fría, dura y rechazaba mis dedos, eliminando de raíz cualquier vaga esperanza que pudiera germinar. No sabía qué hacer. No podía creer que había caído en una trampa que se había cerrado sobre mí; yo era un gazapo silvestre que no puede apartar sus ojos de los dientes de hierro en los que está atrapada su pata herida y al que abandonan las fuerzas, hasta el desenlace final. Que hubiera podido confiar en aquel soldado negro como en un amigo me parecía una estupidez inconcebible; y esa idea me torturaba. Sin embargo, ¿cómo habría podido alimentar sospechas hacia aquel gigante negro y maloliente que siempre sonreía? Todavía ahora me costaba convencerme de que el hombre al que, de vez en cuando, oía castañetear los dientes en la oscuridad era el mismo dócil soldado negro que tenía un miembro inmenso.

Temblaba de frío y me castañeteaban los dientes. Comencé a tener dolores de vientre. Me acurruqué en el suelo, sosteniéndome la

barriga; y, de repente, me sentí como abocado a un pánico atroz: notaba llegar la diarrea; la tensión a que estaba sometido mi sistema nervioso había precipitado las cosas. Pero defecar en presencia del soldado negro era algo inimaginable. Apretando las mandíbulas aguanté, mientras el sufrimiento me cubría la frente de sudor. Los rudos esfuerzos que me impuse durante largo rato suplantaron en mi interior al miedo y ocuparon todo el espacio en el que había reinado.

Pese a todo, no tuve más remedio, a fin de cuentas, que resignarme. Me acerqué al barrilete encima del cual habíamos visto — desencadenando así nuestros ataques de risa— colocarse a horcajadas al soldado negro, y me bajé los pantalones. Notaba la extraordinaria debilidad de mis nalgas blancas puestas al desnudo; tenía incluso la impresión de que mi humillación, que bajaba por mi garganta hasta la mucosa interior del estómago pasando por el esófago, lo embadurnaba todo de negro... Terminada la operación, regresé al rincón de la bodega. Aplastado y vencido, me sometí; esta vez me hallaba en el fondo del pozo. Con la sucia frente apoyada en la pared a la que llegaba, desde el exterior, el calor del suelo, lloré largo rato sofocando mis sollozos. La noche era eterna. En el bosque ladraban las jaurías de perros salvajes. El aire había refrescado mucho. El cansancio se apoderó pesadamente de mí; me dejé llevar, y me dormí.

Cuando desperté, tenía el brazo, de nuevo comprimido por el fuerte puño del soldado negro, semiparalizado. Por el tragaluz bajaba hasta nosotros una espesa niebla y llegaban voces de adultos. Se oía también el chirrido de la pierna artificial de Chupatintas merodeando por los alrededores. Y a todos esos ruidos tardó muy poco en sumarse el de los mazazos que caían sobre la trampa. Aquellos martillazos poderosos y pesados resonaban en el fondo de mi estómago hambriento y un dolor sordo me recorría el pecho.

De repente el soldado negro comenzó a gritar, me agarró de los hombros para levantarme y me arrastró hasta el centro de la bodega para que estuviera a la vista de quienes miraban por el tragaluz. Yo no entendía en absoluto los motivos que le llevaban a comportarse así.

Innumerables pares de ojos contemplaban, desde lo alto de la abertura, mi humillación; tenía las orejas gachas, como un conejo. Si las pupilas negras de mi hermano humedecidas por las lágrimas hubieran estado allí, estoy seguro de que, de una dentellada, me habría cortado la lengua a causa de la vergüenza. Pero en la

abertura del tragaluz sólo había una infinidad de ojos de adulto mirándome.

Como el estruendo de los mazazos iba en aumento, el soldado negro, por detrás, me agarró la garganta con su mano enorme. Sus uñas penetraban profundamente en la piel delicada de mi cuello y me hacían daño; la presión que ejercía sobre mi nuez me cortaba la respiración.

Pataleé y manoteé, y eché la cabeza hacia atrás gimiendo. Verme así humillado delante de todo el mundo me provocaba un dolor intolerable, de modo que me retorcí como un gusano para soltarme del abrazo del hombre literalmente pegado a mi espalda; le daba patadas en las espinillas, pero sus brazos fuertes y peludos eran duros e inquebrantables como una roca, y sus gritos sofocaban mis gemidos. Las caras desaparecieron del tragaluz; sin duda —eso fue, por lo menos, lo que me dije—, arriba se habían dejado intimidar por la exhibición del soldado negro que intentaba detener la demolición de la trampilla.

Dejó de gritar, y el bloque de piedra que me aplastaba la garganta se hizo más ligero. Recuperé todo mi afecto por los adultos y sentí de nuevo lo cerca que me hallaba de ellos.

Pese a todo, el ruido de los golpes sobre la trampilla era cada vez más violento. Las caras reaparecieron en el tragaluz, y el soldado negro volvió a gritar y a apretarme la garganta. Yo no podía hacer nada, pero, con la cabeza echada hacia atrás, dejaba escapar de mis labios convulsos y entreabiertos una especie de queja de bestezuela, un imperceptible chillido agudo. Los adultos me habían abandonado a mi suerte. Indiferentes al espectáculo del soldado negro a punto de estrangularme, seguían empeñados en destrozarse la trampilla, y cuando lo consiguieran, me encontrarían con el cuello roto, tal como se hace con las comadreja, y los miembros ya tiesos. Abrasado de odio, en el colmo de la desesperación, con la cabeza constantemente echada hacia atrás, gemía ahora sin ningún pudor y, retorciéndome de dolor, con los ojos llenos de lágrimas, escuchaba el ruido de los mazazos.

Mis oídos parecían estar llenos del rumor de innumerables vehículos circulando; tuve una hemorragia nasal que me mojó las mejillas.

En aquel momento, la trampilla saltó hecha pedazos; unos pies descalzos y fangosos, cubiertos de pelos hirsutos, se deslizaron

hacia abajo y la bodega se llenó de aldeanos con rostros espantosos, inflamados por una furia enloquecida. Sin dejar de gritar, el soldado negro me agarró con mayor fuerza aún y se escabulló hasta la pared, donde se agazapó.

Con las nalgas y la espalda adheridas a su cuerpo pegajoso de sudor, noté pasar entre nosotros una especie de corriente de rabia incandescente y, al igual que un gato sorprendido en pleno acoplamiento, dejé estallar, pese a mi vergüenza, todo mi rencor: rencor hacia los adultos amontonados en los escalones, testigos atentos y pasivos de mi humillación; rencor hacia el soldado negro, cuya enorme zarpa me apretaba la garganta y cuyas uñas arañaban sin esfuerzo la piel de mi cuello y la hacían sangrar; rencor hacia todo, que, confusamente, se apoderaba de mí. El soldado negro rugía. Mis tímpanos ensordecidos ya no reaccionaban; caí en un sopor que, en el fondo de aquella bodega, alcanzaba la plenitud que un voluptuoso placer proporciona. El aliento entrecortado del soldado negro me golpeaba la nuca.

Mi padre se separó del grupo y se acercó, con una podadera en la mano. Percibí claramente la llama de cólera que brillaba en sus ojos, ardientes como los de un perro salvaje. Las uñas del soldado negro se hundieron más profundamente en mi carne; lancé un gemido. Mi padre se precipitó sobre nosotros; vi la podadera blandida encima de mi cabeza; cerré los ojos. El soldado negro agarró mi muñeca izquierda y la llevó a su cabeza para protegerse. En la bodega sonó un grito, y oí el ruido del golpe que me partía la mano izquierda a la vez que el cráneo del soldado negro. En la piel de reflejos aceitosos del brazo que oprimía mi barbilla se formaron gruesas gotas de sangre espesa que acabaron por romperse. Los hombres se abalanzaron sobre nosotros; noté entonces cómo se aflojaba la presión del soldado negro y el dolor me abrasó el cuerpo.

Estaba en el interior de un saco pringoso. Los párpados me ardían, mi garganta estaba hinchada y sentía la mano como calcinada. Sin embargo, todo eso se recomponía poco a poco y yo volvía a tomar forma. De todos modos, no conseguía desgarrar la envoltura viscosa y escapar del saco. Como un cordero nacido antes de tiempo, estaba empaquetado en una bolsa pringosa de la que mis dedos no conseguían desprenderse. Me era tan imposible como mover el cuerpo. Era de noche; los adultos charlaban a mi alrededor. Después era de día, y a través de mis párpados percibía la luz. De vez en cuando, una pesada palma apretaba mi frente: yo comenzaba a gemir e intentaba rechazarla, pero mi cabeza permanecía inmóvil.

La primera vez que abrí los ojos de veras, fue una mañana. Me hallaba en mi catre habitual, en el almacén. Delante del postigo de madera, Morro de Liebre y mi hermano me observaban. Mis párpados se abrieron de par en par y moví los labios. Morro de Liebre y mi hermano bajaron la escalera gritando. Mi padre y la señora del colmado subieron. Mi estómago comenzaba a protestar; pero cuando la mano de mi padre quiso acercar a mis labios un jarro con leche de cabra, sentí náuseas, grité, me negué a abrir la boca, y las gotas de leche rodaron por mi garganta y por mi pecho. Todos los adultos, incluido mi padre, me resultaban insoportables. ¡Los adultos que, enseñando los dientes, me habían asaltado blandiendo su podadera! Era monstruoso; escapaba a mi comprensión; era lo que daba náuseas. Sólo dejé de gritar cuando mi padre y los demás abandonaron la habitación.

Un rato después, el brazo delicado de mi hermano se posó dulcemente sobre mí. Sin decir nada, con los ojos cerrados, escuchaba lo que me contaba en voz baja: que él y sus compañeros habían ayudado a recoger la madera necesaria para quemar el cadáver del soldado negro; que Chupatintas había regresado con la orden de parar el proceso de incineración; que la gente de la aldea había llevado el cadáver a una mina abandonada del valle; que estaban confeccionando una empalizada para alejar a los perros salvajes.

Mi hermano me dijo y me repitió, con voz angustiada, que había llegado a crearme muerto, ya que había dormido durante dos días y no había comido nada: eso es lo que le había inducido a pensar que estaba muerto. Sintiendo sobre mí el leve peso de su mano, me sumí en los abismos de un sueño que me reclamaba con una fuerza igual que la de la muerte.

Me desperté por la tarde y descubrí por primera vez que mi mano herida estaba envuelta en una venda. Permanecí largo rato con los ojos abiertos, sin hacer el más mínimo movimiento, contemplando sobre mi pecho aquella cosa voluminosa que me costaba trabajo aceptar como mi antebrazo. No había nadie en la habitación. Por la ventana penetraba solapadamente un olor infecto. Era fácil adivinar de dónde provenía aquel hedor; pero no subió ninguna tristeza de las profundidades de mi ser.

La habitación se oscureció; comenzó a refrescar. Me senté en el catre donde dormíamos. Después de haber vacilado largo rato, anudé las dos puntas de la venda enrollada alrededor de mi mano

herida y, con el brazo en cabestrillo, me acerqué a la ventana abierta, desde la que contemplé, a mis pies, la aldea. En la carretera, en las casas, en el valle sobre el que se asentaban, el hedor salvaje que desprendía la pesada osamenta del soldado negro —los clamores inaudibles lanzados por el cadáver y que, como en una pesadilla, se arremolinaban en torno a nuestras personas, propagándose hasta el infinito en una especie de bullicio que cubría nuestras cabezas— lo llenaba todo. Era el crepúsculo.

Un cielo color ceniza, de un triste gris anaranjado, cubría el valle, que parecía así más angosto y opresivo.

De vez en cuando los adultos de la aldea pasaban rápidamente en silencio, con una seguridad que les hinchaba el torso. Me daban náuseas; me daban miedo; me retiraba de la ventana cada vez que los veía. Era como si, durante el tiempo que yo había permanecido en la cama, todos se hubieran metamorfoseado por completo en seres monstruosos que ya no tenían nada de humano. Y mi cuerpo me parecía tan pesado como si hubiera sido relleno de arena mojada y me sentía totalmente extenuado.

Tiritaba de frío. Mordisqueando mis labios apergaminados que producían un leve rumor de élitros, miré intensamente cada una de las piedras de la carretera; veladas al principio por una pátina levemente dorada que poco a poco tomó cuerpo, pasaron a un opresivo tono púrpura, sólo una simple franja al comienzo, que pronto invadió toda la superficie; por fin, fueron engullidas por una débil luz violeta. De vez en cuando mis labios agrietados se mojaban de lágrimas salinas que me provocaban una dolorosa quemazón.

De detrás del almacén subían, orillando el hedor del cadáver, los agudos gritos de los chicos de la aldea. Con infinitas precauciones y paso vacilante, como si saliera de una prolongada enfermedad, bajé por la oscura escalera, alcancé la calle mayor, completamente desierta, y me acerqué al lugar de donde provenían los gritos. La chillona pandilla de niños se hallaba en la pendiente invadida por la vegetación que bajaba hacia el torrente, al fondo del barranco. Llevaban con ellos sus perros, que ladraban correteando de un lado a otro como locos. En la parte inferior, a la orilla del río, entre los espesos arbustos, los adultos seguían confeccionando una barrera capaz de evitar las embestidas de los perros salvajes, y de alejarlos de la mina abandonada donde había sido depositado el cadáver del soldado negro. De allí subía hasta mí el sordo ruido de las estacas

que clavaban. Mientras los hombres proseguían calladamente su trabajo, los chiquillos corrían por doquier lanzando gritos de alegría.

Apoyado en el tronco de una vieja paulonia, contemplaba los juegos de mis compañeros. Con el alerón de cola del avión derribado habían fabricado un trineo, y se deslizaban por la hierba de la pendiente.

Montados en la arista afilada de aquel artefacto maravillosamente ligero, descendían como cachorros. Cuando el trineo amenazaba con chocar contra una de las rocas negras que, aquí y allá, surgían del suelo, el conductor, con un golpe de su pie desnudo en la hierba, modificaba la dirección del vehículo. Cada vez que uno de los niños lo arrastraba para devolverlo, desde abajo, a su punto de partida, la hierba, aplastada a causa del descenso, se enderezaba poco a poco, de modo que la huella dejada por el intrépido muchachito se volvía difícilmente discernible. ¡Así de ligeros eran los chiquillos y el trineo!

Gritaban al bajar la pendiente, perseguidos por los perros que ladraban, y después, una y otra vez, arrastraban hacia arriba el vehículo.

Una bulliciosa emoción, una necesidad irresistible de moverse, estallaban por doquier, emanando de cada uno de ellos como la pólvora incandescente que anuncia la entrada en escena del mago.

Morro de Liebre se separó del grueso de los niños, con una brizna de hierba entre los dientes, escaló corriendo el talud para reunirse conmigo. Se apoyó en el tronco de una encina que se parecía a una pata de gacela y observó mi rostro. Desviando de él la mirada, simulé interesarme por el juego del trineo. Morro de Liebre, embebido, dirigía miradas insistentes hacia mi brazo en cabestrillo y comenzó a husmear.

—¡Qué olor tan fuerte! —dijo—. ¡Tu mano herida apesta!

Me volví hacia él; su mirada brillaba de ganas de jugar a pelearse conmigo; con las piernas abiertas, esperaba el ataque. Pero nada estaba más lejos de mí ánimo que saltarle al cuello y ni siquiera hice el gesto de ponerme en posición de combate. Me limité a decir con voz ronca, apenas perceptible:

—No soy yo quien huele mal; es el soldado negro.

Morro de Liebre no entendía mi pasividad y me observaba con la boca abierta. Desvié de él mi mirada; mis ojos se dirigieron a la hierba corta, fina y abundante en la que se hundían sus tobillos desnudos.

Se encogió de hombros con un desprecio no disimulado, escupió enérgicamente y, después, dando alaridos, se juntó a todo correr con sus compañeros de juego.

Yo ya no formaba parte de la comunidad infantil: ésta era la idea, surgida como una revelación, que ahora me invadía. Las sangrientas batallas con Morro de Liebre, la caza de pajaritos en las noches de luna, los descensos en trineo, los cachorros salvajes, todo eso era bueno para los niños. Pero esa clase de relaciones con el mundo ya no tenía nada que ver conmigo.

Exhausto y temblando de frío, me senté en la tierra todavía tibia por el calor del día. A medida que mi cuerpo se acercaba al suelo, la hierba lujuriosa y llena de savia del verano me iba ocultando el trabajo silencioso de los hombres en el fondo del desfiladero, hasta que los perdí de vista. En cambio, vi surgir y alzarse bruscamente frente a mí las siluetas oscuras, que habría sido fácil confundir con las de deidades pastorales, de los niños jugando con el trineo. Y entre las sombras de aquellos jóvenes dioses campestres seguidos por sus perros, correteando por todos lados como víctimas expulsadas por una inundación, la atmósfera de la noche adoptaba una tonalidad cada vez más rica y ganaba en rigor y en limpidez.

—¡Eh, sapo! ¿Has vuelto a tus correrías?

Por detrás, una mano cálida y seca me apretó la frente. Sin embargo, no me volví ni intenté levantarme. Sin desviar la cabeza de la pendiente donde jugaban los niños, me bastó una mirada de reojo para descubrir al lado de mi pantorrilla desnuda la negra presencia de la pierna artificial de Chupatintas, sólidamente plantado en aquel lugar.

Hasta él, hasta su mera presencia cerca de mí, me secaba la garganta.

—Qué, sapo, ¿no quieres montarte en el trineo? —dijo—. Pensaba que eras tú quien había inventado ese juego.

Me cerré en un obstinado silencio. Chupatintas se sentó en el suelo haciendo un ruido metálico, sacó de su chaqueta la pipa que le había regalado el soldado negro y la llenó. Un olor violento, irritante para la delicadeza de mis mucosas nasales y muy adecuado para despertar pasiones animales, un olor a zarzales ardiendo, se desprendió de ella, envolviéndonos, a Chupatintas y a mí, con una espesa nube de un vapor levemente azulado.

—Cuando una guerra llega a ese punto. Es el colmo —dijo Chupatintas—. ¡Mira que aplastar los dedos de un niño...!

No contesté nada y sentí que me faltaba la respiración. Era muy probable que la guerra, aquella interminable y sangrienta batalla de gigantescas dimensiones, aquella especie de maremoto que, en unos países lejanos, se llevaba los rebaños de corderos y arrasaba la hierba recién segada, siguiera prolongándose. Pero ¿quién hubiera imaginado jamás que aquella guerra tuviera que llegar hasta nuestra aldea? Sin embargo, lo había hecho, para destrozar mi mano y mis dedos, para emborrachar a mi padre de ardor combativo y llevarlo a blandir su podadera. Así, de golpe, nuestra aldea se veía envuelta en la guerra; y yo, en medio de aquel tumulto, ya no podía respirar.

—Pero esto ya no puede durar mucho tiempo —afirmó seriamente Chupatintas como si estuviera hablando con un adulto—. La desorganización es tan grande que ni siquiera es posible comunicarse con la guarnición de la capital de la provincia. No llega nada. Nadie sabe qué hacer.

El ruido de los mazazos seguía sonando en el cauce del torrente. Al igual que las bajas y gigantescas ramas de un árbol invisible que, con su exuberancia, hubieran cubierto la totalidad del valle, el olor del cadáver reinaba tenazmente en todas partes.

—¡Siguen trabajando duro! —dijo Chupatintas prestando atención para captar mejor el ruido de los mazazos—. ¡Seguro que tu padre y los demás, como ya no saben qué hacer con el negro, intentan pasárselo lo mejor que pueden con las estacas!

En los momentos de silencio nos llegaba, deslizándose entre las risas y los gritos de los niños, el sonido de los martillazos. Chupatintas no tardó en utilizar sus expertos dedos para soltar su pierna artificial. Yo le miraba hacer.

—¡Eh! —gritó a los niños—. ¡Acercadme el trineo!

Con un jubiloso alboroto, los niños arrastraron el trineo hasta nosotros.

Chupatintas, saltando sobre su única pierna, se abrió paso en el corro de niños reunidos alrededor del artefacto. Yo le seguí por la ladera de hierba cargando con su pierna artificial. Era terriblemente pesada; llevarla con una mano no sólo era de una gran dificultad sino que resultaba bastante exasperante.

La hierba tupida comenzaba a llenarse de rocío y empapaba mis pantorrillas desnudas; unas briznas secas se pegaban a ellas y me hacían cosquillas. Esperé su llegada en la parte inferior del talud, sin soltar su pierna artificial. Ya caía la noche. Sólo la voz de los niños que seguían en lo alto de la pendiente hacía vibrar el fino tejido del aire, cuya consistencia aumentaba y que se había vuelto de un negro opaco.

Se oyó un brutal estallido de gritos y de risas; después, el leve sonido sibilante de un cuerpo al deslizarse por la hierba. Pero ningún trineo llegó hasta mí perforando la humedad de la atmósfera. Me pareció escuchar el ruido sordo de un choque. Sin cambiar de posición, hundí la mirada en las tinieblas. Al cabo de unos segundos de silencio, vi rodar hacia mí, casi en barrena, el alerón de cola del avión sin ningún ocupante. Arrojé la pierna artificial a la hierba y subí corriendo por el talud empapado de humedad.

Cerca de una roca desnuda cuya punta negruzca y brillante de rocío asomaba en medio de la hierba, Chupatintas yacía boca arriba, con las manos flácidas y las palmas abiertas, y una sonrisa en los labios.

Me incliné sobre él. Sonreía, pero de su nariz y sus orejas manaba una sangre espesa. El alboroto de los niños que llegaban a toda velocidad aumentó, luchando contra el viento que soplaba del fondo del valle.

Para escapar del cerco juvenil, me incorporé y abandoné a su soledad el cadáver de Chupatintas. En un instante, la muerte brutal, lo que se lee en la cara de un muerto, unas veces la melancolía y otras el esbozo de una sonrisa, había llegado a resultarme tan familiar como a los adultos de la aldea. Seguramente, Chupatintas sería incinerado con la madera recogida para quemar al soldado

negro. Alcé mis ojos, en los que brillaban unas lágrimas, al cielo oscuro, en el que todavía quedaba una sutil estela de claridad, y descendí de nuevo el talud herboso en busca de mi hermano.